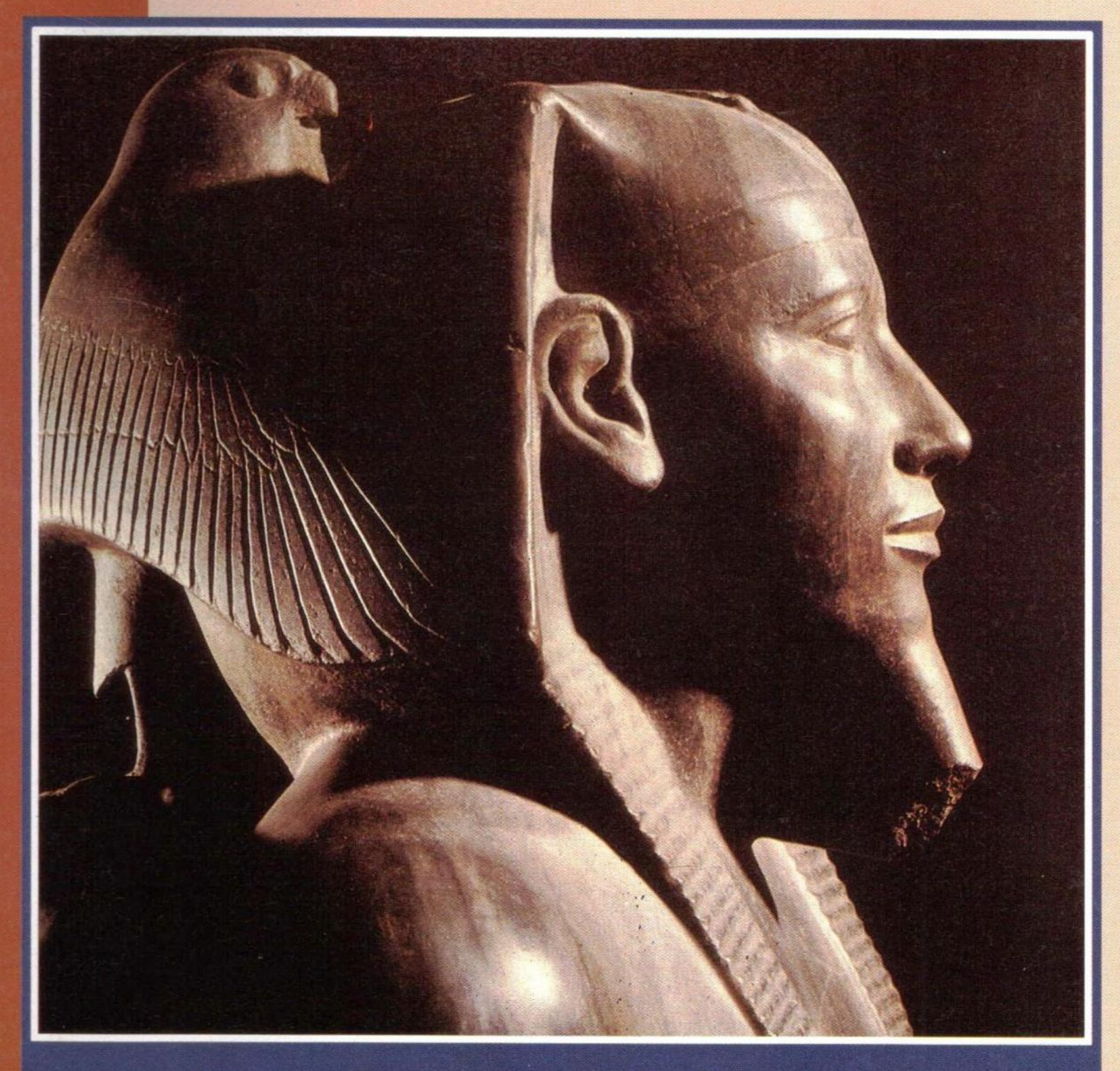
Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Faraones y pirámides

A. Blanco Freijeiro, Francisco J. Presedo y M. A. Elvira

6

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-31043-1995

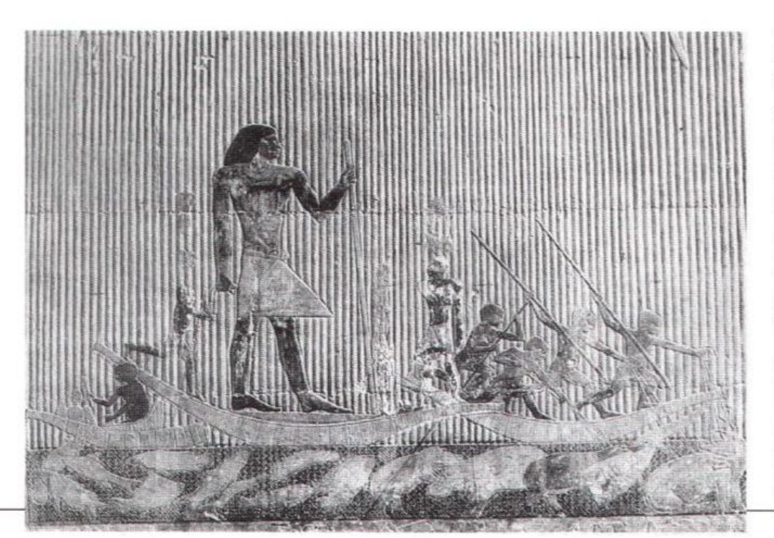
Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

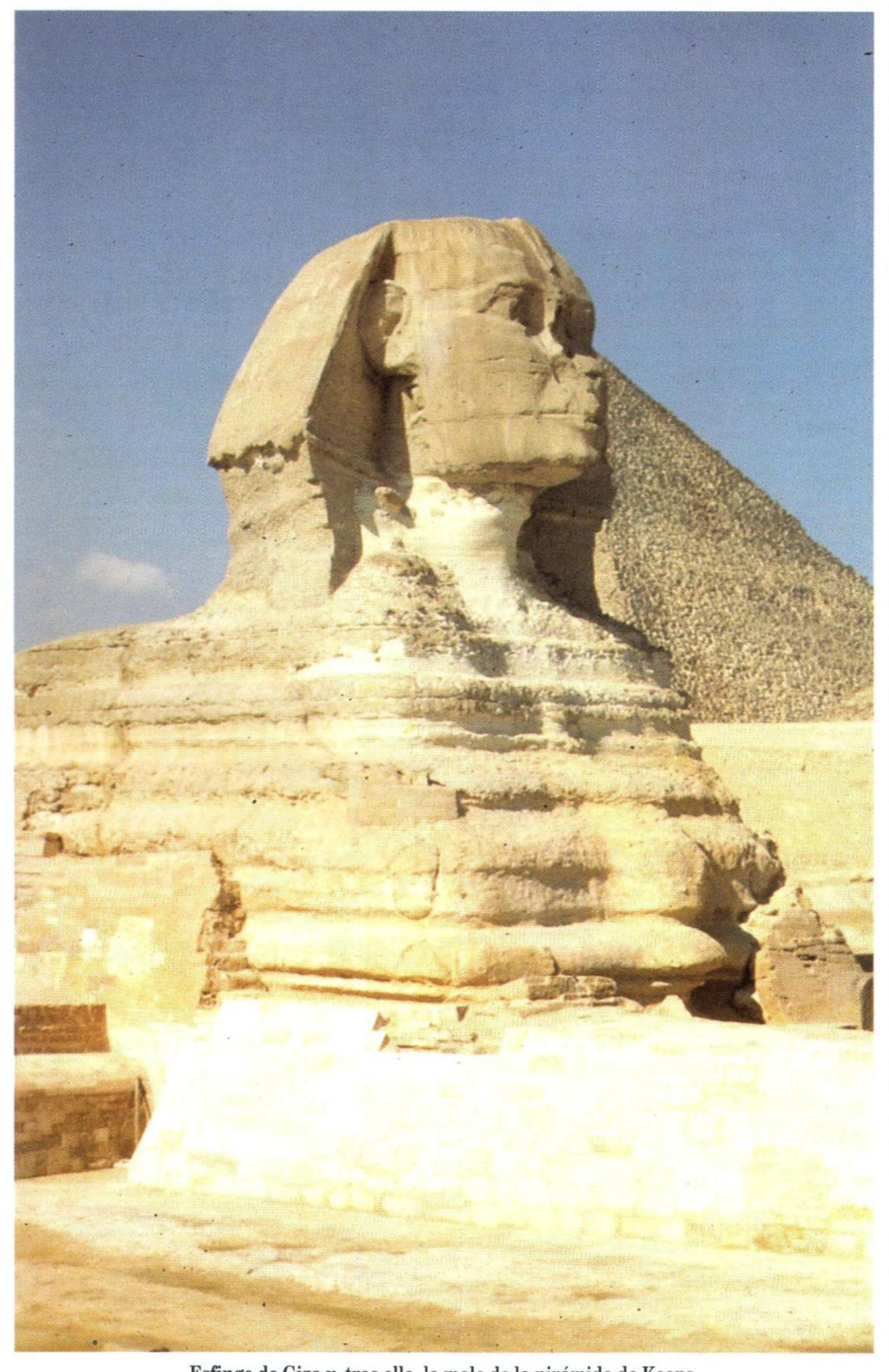
Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



En la portada, el faraón Kefrén; escultura sedente realizada en diorita, de 1,68 m de altura (Museo de El Cairo). Izquierda: Ti, alto funcionario de la V Dinastía, cazando hipopótamos (detalle de su tumba, en Sakara)



Esfinge de Giza y, tras ella, la mole de la pirámide de Keops

El genio de Djeser

Antonio Blanco Freijeiro
Real Academia de la Historia.

Hacia el año 2650 a.C., tras una etapa de unos cuatro siglos de duración (*), entra Egipto en la época de las piramides. En comparación con éstas, todas las realizaciones de la etapa anterior —algunas tan meritorias como la invención de la escritura jeroglífica o la institución del calendario astronómico— no pasan de preámbulos.

Además de monumentos capaces de dejarle a uno sin aliento, las pirámides son el exponente de una época de poco más de tres siglos de duración en la que el espíritu egipcio realizó sus mayores contribuciones a la historia de la humanidad.

Muchas podrían enumerarse: implantación de un orden social más justo y equilibrado que cualquier otro de su época; desarrollo increíblemente precoz del hombre como individuo; establecimiento de escuelas de teología que, en algún caso, como en la menfítica, frisan en la concepción de un dios trascendente, muy similar a la de la teología de las religiones superiores; desarrollo de una ética basada en el respeto y el amor al prójimo con un sentido muy parecido al cristiano.

Reyes-dioses

Pero quizá lo más admirable de los antiguos egipcios sea su escatología, su afán de inmortalidad y todos los modos de concebir la existencia posible después de la muerte: en unos casos, algo así como el Elíseo del pensamiento griego, praderas llenas de flores y fecundos trigales, cultivados por los súbditos del rey bajo la prudente guía de éste; en otros, un paraje celeste, lleno de luz y de todas las bellezas del mundo terrenal, presididas por la simpar hermosura del faraón identificado con su padre, Ra, el dios sol; por último, un mundo tenebroso, severamente regido por un Osiris, con quien también se identifica el faraón.

Como escribía en su diario de 1921 el gran artista gallego Castelao, tras su primer encuentro con lo egipcio en el Museo del Louvre: *Yo sentí allí la verdadera inmortalidad y bien quisiera que nuestra civilización no se hubiera apartado de las cosas del espíritu...*

El problema interno del Egipto de sus primeros tiempos había consistido en encontrar fórmulas de convivencia entre una aristocracia dominadora y la masa de la población dominada. La solución, impuesta por la fuerza de las armas, dio como resultado un país rigurosamente jerarquizado, con un jefe en la cúspide que no sólo era rey, sino además dios, y no un dios cualquiera, sino el más poderoso de todos ellos, aquel que infundía su divinidad a los demás.

La unificación del país y la implantación de este credo religioso costaron los derramamientos de sangre y las caídas de cabezas que aparecen sencilla y crudamente representadas en relieves como los de la Paleta de Narmer, y narrados en inscripciones como las de la peana de la estatua sedante del faraón Khasekhem, en donde se consignan con la más escrupulosa exactitud los miles de muertos con que aquél sembró los campos del norte del país.

Apenas resuelto de manera tan expeditiva el problema de la unidad y de

(*) *La época* tinita *de la historiografía basada en Manetón, engloba los reinados de los faraones de la I y II dinastías (siglos XXXI-XXVII a.C.), que toman ese nombre de la antigua ciudad del Alto Egipto* Tinis, *cerca de Abidos, de la que eran originarios y donde se hallaba la necrópolis real.* Manetón *es un sacerdote de Heliópolis que en el siglo III a.C. compuso una historia de Egipto desde los tiempos míticos hasta la época de Alejandro Magno. Se ha conservado un Epítome que es la relación de los reinados de los faraones agrupados por dinastías (XXXI).*

la convivencia ciudadanas, comenzó a agudizarse otro, no ya social como el primero, sino espiritual. Dentro de una mentalidad primitiva como la del Egipto arcaico, y la de cualquier otra sociedad que conciba a Dios como una energía susceptible de encarnar en determinados seres animados e inanimados, no había dificultad en aceptar al faraón como encarnación de la misma energía que podía residir en el cielo y en otros cuerpos astrales o terrestres. Y así ocurrió que el faraón, el cielo, el sol y el halcón (Horus) eran contemplados allí y entonces como manifestaciones de una misma y sola potencia.

Entre las virtudes de esta potencia despuntaba una de la máxima importancia, el poder creador; todos los seres animados, se creía entonces, recibían del faraón-sol en el momento de su concepción su espíritu vital.

Pero, en cuanto esta identidad del faraón con el cielo, el sol y el halcón empezó a ser objeto de reflexiones y dudas, la base de la religión oficial empezó a resquebrajarse. La propensión egipcia a un relativismo que consideraba, por ejemplo, que el sol naciente y el sol poniente eran seres distintos, comenzó a hacer mella en las creencias tradicionales.

Una de las fases del astro rey, Ra en egipcio, el *sol naciente,* se independizó como dios del mundo y asumió las funciones de creador que hasta entonces se había arrogado el faraón como encarnación del mismo. El *ka*, el espíritu vital, de ese *sol naciente* reemplaza en sus funciones al *ka* del faraón; mientras antaño los recién nacidos recibían del *ka* del faraón el soplo de su espíritu, ahora lo reciben del *ka* solar.

La reacción

A la difusión de esta creencia que ponía en entredicho su condición de creadores, respondieron los faraones con una portentosa exhibición de poder: las pirámides. Estas gigantescas moles de piedra los eternizan para siempre; de las pirámides, y sólo de ellas —afirma el nuevo credo— emanan las fuerzas que garantizan la supervivencia de Egipto. Es necesario erigir enormes mausoleos; su construcción ha de tener para el pueblo el valor de un servicio religioso.

En su competencia con el culto solar, las pirámides van a alcanzar dimensiones cada vez mayores, hasta culminar en los colosos de la IV Dinastía. Y sólo cuando al fin de ésta el culto solar alcance la supremacía en aquella disputa, las pirámides volverán a disminuir de tamaño y su construcción se verificará con menos celo.

Para hacer posible la participación del pueblo en el servicio religioso que es la construcción de la pirámide, el país entero es objeto de reorganización. Las posesiones del rey en cada distrito o cantón se convierten en centros políticos y administrativos del mismo. Las aldeas pierden el grado de autonomía de que habían disfrutado hasta entonces como células de una sociedad patriarcal. Sus habitantes están sujetos a traslados obligatorios de una finca real a otra.

Sin prestar atención a los afanes naturales del individuo y a su tendencia a echar raíces en el terruño, la propiedad privada es abolida. Todos los egipcios están al servicio del faraón. Este se cuida de ellos conforme a la capacidad, oficio y actividad de cada uno. Esta nueva situación impuso una reforma en profundidad de la administración y fomentó una nutrida burocracia.

Gracias, sin embargo, a esta nueva organización, fue posible el prodigio de que hombres acabados de surgir de la Prehistoria, hombres cuyas manos nunca habían hecho nada más alto que una choza o una casa de adobe, levantasen esas moles que desde entonces han sido el pasmo de la humanidad, no sólo por su apariencia física, sino por el espíritu que las anima.

Es sintomático que egipcios de épocas muy posteriores, dueños de expresarse entonces con cierto grado de libertad, no pronunciasen ni escribiesen una palabra contra el sistema que había hecho posibles aquellas realizaciones. Otra cosa es Herodoto; pero Herodoto es un griego y, como griego, lleno de prevención contra déspotas de la talla de Keops. No; ningún egipcio estimaría justa su semblanza de Keops, llena de errores además. Todos los grafitos que los egipcios de épocas posteriores escribieron en las paredes, en los pasillos, en los templos de las pirámides, manifiestan sólo el asombro que éstas les producían y en algún caso añaden no haber recibido en su vida impresión más honda.

El estado de conservación de las pirámides varía mucho, desde las que se encuentran relativamente enteras, hasta las que son hoy poco más que una duna o un montón de cascotes. Uno de los que mejor las ha estudiado, I. E. S. Edwards (1), considera que de momento podemos dar por localizadas alrededor de ochenta de ellas. Las más antiguas, sin duda, son las pirámides escalonadas, y la primera y principal de éstas fue la construida en Sakara para Djeser, el segundo faraón de la III Dinastía (2635-2615 a.C.).

Djeser y su ministro Imhotep

A ellos se debe uno de los más grandes logros de la civilización egipcia: la arquitectura en piedra, esto es, la consagración de la piedra como material de construcción que por su nobleza y su belleza no ha sido superado hasta hoy.

La época *Tinita* había utilizado la piedra como refuerzo de sus edificios de adobe; pero ahora se trata de su empleo exclusivo, algo que requería mucho trabajo y habilidad para dominarlo. Tal y como se había desenvuelto la técnica de adobe. Egipto no tenía necesidad de hacer uso de la piedra, como Mesopotamia tampoco la tuvo (ni la empleó). Si Egipto lo hizo, fue única y exclusivamente por sus creencias religiosas.

Desde tiempos remotos los egipcios venían dando muestras de una profunda aspiración a encontrar un material eterno, no tanto para construir edificios como para hacer cosas indestructibles. Ya en el círculo de la cultura neolítica Badariense se ve que no se conforman con la cerámica, y hacen recipientes de piedras durísimas: basalto, pórfido, serpentina, más aptas para hachas, azadas y mazas que para vasijas.

Pero una aspiración no es una necesidad, y por eso la piedra no se aplicó al principio a toda la arquitectura, civil o religiosa. La razón de que no se hayan conservado restos de templos, palacios y otros edificios del Imperio Antiguo hay que buscarla en el hecho de que no eran de piedra, sino de adobe y de madera.

La arquitectura en piedra nació, pues, para los muertos, y a ellos estuvo reservada al principio. Sus cualidades de dureza y permanencia hacían de la piedra el material idóneo para el reposo de los difuntos y la custodia y conservación de sus ajuares. Y así fueron las tumbas las primeras en beneficiarse de ella.

El proceso gradual de su desarrollo —la que pudiéramos llamar gestación de la arquitectura en piedra— se deja seguir a lo largo de las dos primeras dinastías, cuando la piedra es sólo un elemento más junto al adobe y la madera. Así se construyeron durante las dinastías I y II mastabas y túmulos que, si no son palacios funerarios, merecen por lo menos el calificativo de mansiones. Pero, tras ellos se produce un salto de tal magnitud que sólo se puede explicar como fruto de un afán nunca antes sentido.

En efecto, de pronto, como un meteoro, una arquitectura deslumbrante, jamás vista por el hombre, surge a comienzos de la III Dinastía: la verdadera arquitectura en piedra. Djeser ha encontrado en ella el instrumento con que hacer ostensible la divinidad del faraón, la eternidad de su poder.

Sobre el nacimiento de esta arquitectura flota un personaje tan fuera de lo común, que pese a su condición de histórico, la posteridad hizo de él un héroe mitológico. Se llama Imhotep. Dos mil años después de muerto lo encontramos en el Egipto helenístico, con el hombre de Imuthes, convertido en dios de la Medicina, equiparado al Esculapio grecorromano. En vida le fueron confiados por su señor, Djeser, los cargos de mayor responsabilidad del país: gran visir, juez supremo, inspector de la real secretaría, portador del real sello, arquitecto de todas las obras del rey, inspector de todo lo que el cielo trae, la tierra cría y el Nilo aporta.

Esta universalidad de Imhotep, difícil de concebir en épocas posteriores, sólo podía manifestarse justificadamente en los estadios iniciales de una gran civilización, cuando todo tenía que ser, primero, inventado y, después, organizado.

Una de las inscripciones de Sakara aporta un dato más acerca de este curioso personaje: era sacerdote de Heliópolis. Esta faceta era la que faltaba

(1) I. E. S. Edwards, The Pyramids of Egypt, *A Pelican Book, Hardmondsworth, Penguin Books, 1961.*

para completar su perfil como el de un mago que en el umbral entre la Prehistoria y la Historia, cuando aún la medicina y la magia no estaban separadas, alcanzó un prestigio por su saber y su talento que las generaciones venideras no pudieron olvidar. Y si ésta fue la principal razón para que lo divinizasen, no hay duda de que a ello contribuyeron también sus realizaciones como arquitecto, pues el recinto funerario de Sakara fue visitado y reverenciado durante toda la Antigüedad. Y si se miran así las cosas, resulta que al igual que la medicina de Imhotep, también su arquitectura es inseparable de la magia; más aún, entra de lleno en el mundo de lo mágico-religioso.

La fiesta del Hebsed

En efecto, el vasto conjunto monumental de Sakara no es sólo un mausoleo real, sino un escenario de actividades mágicas, donde el *ka* del faraón va a seguir desempeñando ciertos cometidos durante toda la eternidad. Su función primordial será la de la renovación de su juventud y de su fuerza, sin las cuales su figura sería inoperante. Vistas las raíces prehistóricas de esta creencia, veamos ahora en qué consiste la ceremonia correspondiente.

Componían el Hebsed, o Fiesta de Renovación de la realeza, varios actos rituales, el más importante de los cuales era la repetición de la ceremonia de la coronación del faraón como rey de las dos mitades del país (2).

La ceremonia requería como escenario un espacio descubierto rodeado de las capillas de todos los dioses. Un cortejo presidido por un sacerdote visitaba primero las capillas de los dioses de los cantones del Alto Egipto y recababa su consentimiento para que la realeza del faraón fuese renovada. Una vez que todos habían dado su anuencia, el rey ocupaba el trono, cubierto de baldaquino, en el extremo meridional del patio y allí era coronado como rey del Alto Egipto con la corona blanca del mismo.

La ceremonia se repetía después, punto por punto, ante los dioses del Bajo Egipto, con idéntico resultado: la coronación del rey con la corona roja de esta mitad del país. Seguidamente se procedía a la unificación, ceremonia consistente en atar dos plantas simbólicas a los lados de una estaca: el loto del sur y el papiro del norte (la zona del delta del Nilo).

Pero la celebración de estos actos dependía de otro realizado previamente y muy característico de las monarquías sacerdotales primitivas: una carrera a pie en la que el rey, desnudo, con un flagelo en la mano, había de poner en evidencia una buena forma física cubriendo con la debida rapidez una ruta prescrita.

Por un afortunado hallazgo nos es dado hoy ver a Djeser en un relieve cumpliendo con este rito. En esta carrera, se nos dice, le acompañaban su perro y el sacerdote de las Almas de Nekhen, esto es, de los reyes del Egipto prehistórico. Con esta prueba de agilidad el rey garantizaba la fertilidad de los campos del país.

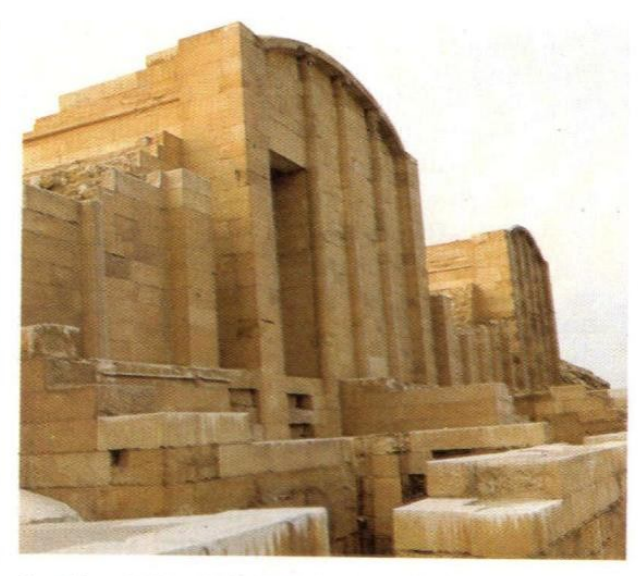
La pirámide de Sakara

Así se la viene llamando desde que existe la egiptología y pese a no tener la forma de una pirámide, sino más bien la de una mastaba escalonada, o tal vez mejor la de una superposición de mastabas. Las excavaciones y exploraciones del siglo actual, a las que dedicó sus mejores afanes el francés Jean Philippe Lauer (3), pusieron al descubierto que lo que antaño se veía, la pirámide, no estaba sola en las arenas del desierto, sino rodeada de otros muchos edificios.

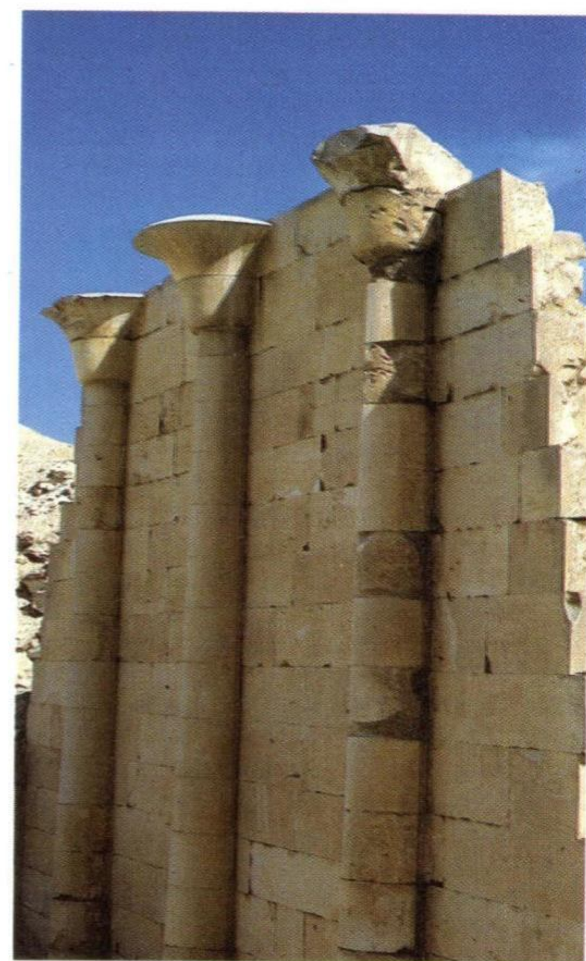
Lo que aglutinaba a estos elementos en un todo compacto era una muralla que lo encerraba en un rectángulo de 544,90 metros de largo por 277,60 de ancho. El muro estaba animado por resaltes y nichos que le daban un aspecto de mastaba, de palacio funerario, aunque eso sí, de dimensiones enormemente superiores a todo lo realizado hasta entonces en aquella zona.

---

(2) La tendencia egipcia a ver en las cosas una pareja de componentes dio lugar a que el país se denominase Alto y Bajo Egipto, las dos mitades, las dos orillas, *etcétera, y Menfis, la primera capital,* balanza del país.
(3) J. Ph. Lauer, La pyramide à degrés, *4 vols. El Cairo, 1936-1959; Idem,* Études complementaires sur les monuments du roi Zoser à Saqqarah, *CASAE 9, El Cairo, 1948. E. Drioton-J. Ph. Lauer, Sakkarah,* The Monuments of Zoser, *El Cairo, año 1951.*



Capillas del patio del Hebsed, en Sakara



Columnas adosadas, con capiteles papiriformes abiertos, en uno de los entrantes del santuario del Bajo Egipto, en Sakara

Pirámide escalonada de Djeser, en Sakara

Pese a la vastedad de sus dimensiones, el recinto no tenía más que una puerta de comunicación con el exterior. Esta puerta, que nunca tuvo hojas, es un vano angosto, de apenas un metro de ancho. Por lo demás, la muralla acaso reprodujese en piedra las *murallas blancas* de la ciudad vecina, Menfis, muralla hecha de adobes enlucidos de blanco.

Una vez acabada la obra de Sakara, lo único que visto por fuera sobresalía de aquellos muros era la pirámide. Y ésa fue seguramente su *raison d'être,* el deseo de que la tumba emergiese sobre la masa del *palacio* que la rodeaba.

Los desperfectos que ofrece la pirámide han permitido examinar y estudiar su estructura interna con bastante detalle. De esto se deduce que la pirámide no fue el resultado de un proyecto, sino de una serie de tanteos sucesivos que dieron por resultado una mole de seis escalones, de alturas desiguales, hasta alcanzar la pasmosa de 60 metros.

Primero se edificó una mastaba cuadrada, de 63 metros de lado por ocho de altura; después se le añadió por los lados una segunda capa de caliza de Tura, de tres metros de ancho, pero 60 centímetros más baja que el edificio original, dando así lugar a una incipiente mastaba escalonada. A todo esto se le sumó por el lado oriental una ampliación de seis metros de espesor, que convertía el cuadrado de la planta existente en un rectángulo.

Antes de revestir de caliza de Tura, este nuevo anejo (el resto se construía con caliza local de calidad inferior), hubo un cambio completo de proyecto: la mastaba fue transformada en el primero de los escalones de una pirámide de cuatro. Por su lado norte se comenzó a construir un templo funerario; pero antes de que las dos obras se acabasen se produjo un nuevo cambio de plan, el quinto, consistente en ampliar la pirámide hacia el norte y hacia el oeste y en darle mayor altura, añadiéndole dos escalones más.

La enorme mole de la pirámide, dominadora de una amplia perspectiva y, por tanto, visible desde grandes distancias, coronaba un laberinto subterráneo de corredores y cámaras. La principal de éstas, la del sarcófago, situada en el centro, se hallaba a 28 metros de profundidad en el subsuelo. Una losa de dos metros de longitud y tres toneladas de peso cerró definitivamente el acceso a aquella cámara después del sepelio. Las estancias vecinas, algunas sin terminar, imitaban los aposentos de un palacio y sus decoraciones, con relieves de alabastro y mosaicos de loza, inspirados en esteras.

Alrededor de la pirámide, una serie de edificios y patios completa el escenario que Djeser preparó para su vida de ultratumba: templo funerario, patios y capillas del Alto y del Bajo Egipto, patios del Hebsed, patio del *serdaba,* etcétera. Ningún otro faraón tuvo un mausoleo tan amplio y suntuoso; en ninguna pirámide se vuelve a encontrar, por ejemplo, el patio del Hebsed. Muchos edificios son puramente simbólicos; forman parte de una escenografía como la que hoy se construye para rodar los exteriores de una película; a espaldas de sus fachadas no hay más que un relleno de piedra.

Habría sido facilísimo dotarlos de un interior normal, pero no se hizo así, primero porque no era necesario; segundo, porque los egipcios nunca mostraron interés por la organización de espacios interiores; mucho más que eso les importaba la colocación de los volúmenes en el espacio exterior, la obra humana en el cosmos.

No obstante las grandes dimensiones del monumento, el modo de emplear la piedra es sumamente tímido y cauteloso. Los sillares son pequeñísimos, poco más que copias de adobes; los tambores de las columnas no pasan de 25 centímetros de alto. Por ninguna parte se ven los gigantescos bloques de algunas mastabas, ni el sistema de sillería colosal propio de las pirámides clásicas.

Parece evidente que uno de los inventos de Imhotep fue la columna de piedra, pero no exenta, sino adosada siempre a un muro. Tal vez por no saber el resultado que podría dar, Imhotep no quiso correr el albur de ponerla a prueba. Y, sin embargo, sus columnas son primorosas, tanto las acostilladas del monumental pórtico de acceso, como las adosadas al muro oriental del patio del Bajo Egipto. Sus capiteles papiriformes hacen de aquel muro uno de los rincones más bellos del Sakara.

Otra de las muchas novedades introducidas por Djeser fue la del *serdab,* la cámara de piedra en que se custodiaba la estatua del faraón, a partir de ahora institución típica del mundo funerario egipcio. La estatua hallada aquí en

1924 se conserva en el Museo de El Cairo, pero un vaciado en cemento la reemplaza en su sede originaria. Sólo dos agujeritos que perforan la pared delantera del *serdab* ponían la estatua en comunicación con el mundo.

Allí dentro, en la densa oscuridad, estaba sentada y petrificada la figura del rey. Sólo aquellos dos diminutos orificios la enlazaban con el mundo exterior; sólo ellos le permitían seguir contemplándolo con sus ojos de cristal y aspirar el perfume del incienso que los vivos quemaban en su honor. Aún el actual vaciado de la estatua, colocado en este lugar, produce en el espectador la impresión de hallarse ante el rey-dios, que vela por el mundo desde la oscuridad y el silencio de su tumba.

Poco importa que tanto los ojos de cristal, incrustados en cuencas de cobre, como la nariz y la barba postiza, hayan sufrido las consecuencias de las depredaciones. La majestad que emana de aquella cabeza de león, con sus ojos hundidos y sus mejillas huesudas, permanece inalterada. Su mano izquierda se apoya en el muslo del mismo lado, juntos los dedos, abierta y tensa, la palma boca abajo. Esta postura de la mano produce tal impresión de energía y de poder, que todos los faraones del futuro la harán suya en sus estatuas.

Para los egipcios antiguos, no era ni una obra de arte ni una especie de momia petrificada, sino, por encima de todo, la sede única donde el *ka* errabundo del faraón podía regresar a la vuelta de sus muchos y largos peregrinajes. Era obligado, por tanto, protegerla en aquella caja fuerte, el *serdab,* pues necesitando el *ka* de una apoyatura externa para asentarse, si la estatua fuese destruida, al punto se acabaría la existencia eterna del *ka.*

Antes de que se terminase la obra de la pirámide de Sakara, ya estaban enterrados debajo en ella, en sus respectivas cámaras, diez personajes de la familia del rey, mujeres e hijos fallecidos antes que él. Uno más fue sepultado con posterioridad. Debajo de los bancales del lado occidental del recinto se abrían otras muchas tumbas, de modo que Djeser se encontraba rodeado de los suyos, tal vez de su corte entera, en su reino de ultratumba.

Las grandes pirámides

Francisco J. Presedo Velo
Catedrático de Historia Antigua.
Universidad de Sevilla

La primera impresión del viajero que contempla las pirámides de Giza desde un avión o tiene a la vista una fotografía aérea de la gran necrópolis es la de estar contemplando una ordenación geométrica de sencilla y radical racionalidad. En el centro, presidiendo el conjunto, las tres grandes masas piramidales y sus adláteres menores; al este, al oeste y al sureste, grandes grupos de mastabas alineadas en calles paralelas y otras perpendiculares.

Personalmente no conozco otro complejo arqueológico antiguo que ofrezca al espectador tanta jerarquía y tanta ordenación. Más allá, el desierto como fondo siempre presente de la cultura egipcia. Pues bien, a pesar de ello, pocos monumentos erigidos por el hombre han suscitado en la mente humana tanto misterio y tanta irracionalidad, tal vez porque las pirámides, desde que fueron construidas, son un símbolo histórico, pero también lo son mágico y trascendente. Fueron admiradas desde la antigüedad, se las incluyó entre las maravillas del mundo; son, en suma, la obra del hombre que ha despertado más admiración. El mejor egiptólogo del siglo XX las ha calificado como una manifestación de *poder y genio técnico no superados en ninguna época ni lugar.*

Nuestra intención es aproximarnos a la época y a los hombres que levantaron las pirámides y tratar de comprender, en la medida de lo posible, el cómo y —acaso— el porqué de su construcción.

Empezaremos por los faraones. La IV Dinastía es la de los grandes constructores de pirámides; ocupó el trono de las Dos Tierras unos ciento quince años escasos, entre los siglos XXVII y XXVI a.C., o cien años después, dado el margen de error en el que nos movemos a estas alturas de la cronología egipcia.

El primer rey fue Snofru, faraón durante unos treinta años. Casado con Hetepheres, probablemente hija de Huni, último faraón de la III Dinastía. La Piedra de Palermo (fragmento de El Cairo) nos recuerda seis años de su reinado. En ellos construyó barcos y puertas para sus palacios, envió expediciones contra los nubios que le reportaron 7.000 cautivos y 200.000 cabezas de ganado y otras contra los libios con botín igualmente abundante. La flota de Biblos arribó con 40 navíos cargados de madera de cedro. Terminó la pirámide de Meidum y levantó dos en Deshur.

Le sucedió el Horus llamado Keops, al que el Papiro de Turín da veintitrés años de reinado, y Herodoto-Manetón, sesenta y tres. Conocemos sus actividades en Wadi Maghara (Sinaí), donde es proclamado protector de las minas contra los beduinos; dejó una estela al este de Abu Simbel, lugar de donde traía la diorita. En Biblos apareció una estatua suya de alabastro y otra de marfil en Abidos. Tuvo como esposas a Meritites y Henutsen y de sus hijos conocemos a Kawab, Rededef, Kefrén, Hordedef, Horbaed, Hufuhaief y Minkhaf, y de sus hijas a Hetepheres II. Construyó la gran pirámide de Giza.

El faraón siguiente fue Rededef, que, según el Papiro Turín, reinó ocho años y algunos meses. Por primera vez aparece la titulación de *hijo de Ra* en el protocolo faraónico. Conocemos a una esposa real, Hentetenka, y a sus hijos Sebka, Baka y Harneb. El hecho de que le suceda en el trono su hermano Kefrén y de que lleve su pirámide al norte de Abu-Roash ha desatado la imaginación de los egiptólogos en el sentido de imaginar rivalidades e intrigas de harén entre los hijos de Keops; no hay razón objetiva para tales conjeturas. La pirámide de Abu-Roash quedó sin terminar.

Kefrén reinó con seguridad veintiséis años. Su esposa fue Khamerernebty I y acaso también Meresanh II. Sus hijos, Menkaure (Micerinos), Nikaure y Sehemkare. Durante su reinado adquiere importancia decisiva el culto de Ra introducido por su antecesor. Construyó un templo a Harmakhis y la pirámide de Giza.

Hay un posible faraón después de Kefrén llamado Bicheris por Manetón, a quien habría que atribuir la pirámide de Sawiet el-Aryan. Después reinaría durante veintiocho años Menkaure (Micerinos), hijo de Kefrén y de Khamerernebty. Su esposa (¿y hermana?) fue Khamerernebty II y su hijo mayor, Khuenre, murió muy joven. Construyó la tercera pirámide de Giza, y su culto funerario está atestiguado por el decreto de Shepseskaf y los sucesivos de Merenre y Pepi II. Finalmente la reina Shepseskat terminó el templo de Micerinos durante su breve reinado de cuatro años y algunos meses. Construyó su tumba en forma de mastaba al sur de Giza, en Sakara, llamada Mastabat al-Faraun.

Estos son los reyes de la dinastía y casi todo lo que sabemos sobre su actividad. Si nos preguntamos por el Estado y su organización, la respuesta será que desconocemos casi todo, pero es evidente que debió ser complicado y sin duda el primer gran Estado que conoció la humanidad.

Interesa destacar la figura del visir, por su relativa analogía con las monarquías orientales de época islámica. Es la cabeza de la administración de todos sus ramos. Durante la dinastía que estudiamos era normal que el cargo estuviera en manos de un príncipe de la sangre, dadas las tendencias centralistas que predominaban en la política real.

Sabemos que había distintos departamentos en el Gobierno, pero no podemos especificar en detalle sus competencias. Algo mejor conocemos la corte y sus servidores, nobles o no, que se ocupan del servicio personal del rey y de su familia: portaestandarte, barberos, portadores de coronas y, en lugar destacado, los médicos reales, entre los que se distinguen ya especialidades, amén de escribas.

La realeza

Conviene a nuestro propósito plantearnos, siquiera sea en líneas generales, lo que se ha llamado la posición del rey en cuanto a una teoría de la realeza. Durante mucho tiempo creye-



Arriba, las pirámides de Giza; en primer término, detalle de la pirámide de Micerinos, que fue expoliada de su recubrimiento de granito; en segundo término, la pirámide de Kefrén y, al fondo, la de Keops; ante ellas, el campo arqueológico de Giza. Abajo, pirámide de Keops, Esfinge y pirámides secundarias



ron los egiptólogos que el faraón egipcio, especialmente durante el Imperio Antiguo, era un auténtico dios.

Había para tal creencia argumentos fuertes. Entre las muchas denominaciones que recibía, la de *dios grande,* tomada al pie de la letra, conducía a la conclusión señalada. La revisión realizada en los últimos veinte años ha ido aclarando el problema; G. Posener insistió en que las inscripciones de tipo honorífico no pueden utilizarse sin crítica, como ocurre en todas las épocas, incluso en culturas mucho más secularizadas. En muchos casos las expresiones alusivas a la divinidad del faraón no tienen otra traducción posible que lo que entendemos hoy por frases como la de Santo Padre, refiriéndonos a un papa que puede ser un pecador o, hablando de una beldad de carne y hueso, decir que es una Venus.

Por otra parte, la tradición literaria recogida en textos tan conocidos como el Papiro Westcar acentúan el carácter humano del faraón. D. Wildung afirma que *la auténtica divinidad parece que la perdió el rey ya a comienzos de la historia. Sólo la conserva cuando actúa en los negocios humanos* ex cathedra, *en función oficial; entonces adquiere propiedades divinas para cumplir una función determinada, sin ser dios. Esta divinidad, limitada a un fin concreto, del rey reinante es intrínseca a la institución real, no al representante temporal de la magistratura.*

No cabe duda de que el faraón es un intermediario entre los dioses y los hombres y, como tal, después de la muerte tendrá culto funerario, que hay que mantener mediante dotaciones de bienes, en algunos casos muy importantes. Sobre todo, el rey tiene un destino después de la muerte, que consiste esencialmente en su incorporación al mundo de los dioses.

Los textos de las pirámides son una preciosa fuente de información, sobre todo este proceso de deificación, y aunque puestos por escrito en la V Dinastía, su contenido puede, sin duda, remontarse a la IV e incluso, según Sethe, mucho más atrás. Hace algunos años Spiegel ha recompuesto todo el ceremonial que se desarrolla desde el templo del valle hasta el entierro en la cámara funeraria, pasando por las ceremonias del templo adosado a la pirámide.

Como decíamos al principio, las tumbas reales están rodeadas por las mastabas de toda la nobleza, hoy bien conocidas gracias a la paciente labor de Junker, Reisner y S. Hassan, entre otros, que dedicaron su vida a la necrópolis de Giza. Esta nobleza ostenta una serie de títulos y cargos que han sido catalogados por Baer.

No obstante, poseemos pocas biografías propiamente dichas. Citaremos la de Methen, que puede servir de paradigma. Era un rico terrateniente del Delta. Entre lo heredado de sus padres y lo adquirido por él, más lo recibido por sus cargos sacerdotales, poseía unas doscientas hectáreas de la mejor tierra del mundo. Nos habla con orgullo de su casa con jardín, estanque y árboles. Todos estos nobles reciben del rey donaciones que agradecen, especialmente su estela falsa-puerta y su sarcófago de buena piedra de Tura. Y como rasgo común pretenden dejar a sus hijos todos sus cargos y prebendas.

Las pirámides serían imposibles sin la gran fuerza productora conseguida por el Egipto de la IV Dinastía, que descansaba en un campesinado semisiervo, un artesanado de alto nivel técnico y, en última instancia, la posibilidad de que toda esta fuerza fuera movilizada por el Estado, gracias al conocido sistema de la corvada (prestación personal), uno de los rasgos típicos de la economía egipcia: no olvidemos que por este procedimiento se hizo el canal de Suez, y fue decretada por presiones inglesas durante la guerra de 1914. De ella sólo se libraban aquellos a quienes el faraón concedía la exención, como hizo Chepseskaf con los habitantes de la ciudad piramidal de Micerinos.

Meidum y Dashur

En la zona norte de El Fayum, en el límite entre el desierto y la zona cultivada se yergue desmochada la pirámide más meridional de la IV Dinastía. Supone, desde el punto de vista arquitectónico, el paso entre la pirámide escalonada y la verdadera pirámide. Parece segura su adscripción a Snofru, por lo menos su terminación.

Como novedades presenta la base cuadrada orientada este-oeste, con la entrada al norte dentro de la masa piramidal. La cámara deja de ser subterránea para situarse al nivel del suelo. El templo del norte pierde importancia y lo sustituye el situado al este.

Otra novedad digna de mención es la aparición de la ciudad anexa a la pirámide, lo que llamamos ciudad piramidal. Es casi seguro que se partió inicialmente de un núcleo en forma de mastaba o una pirámide de dos o tres escalones, alrededor del cual se echaron seis caparazones hasta conseguir una pirámide de siete escalones. Puede apreciarse este proceso constructivo gracias a su estado de destrucción en la parte superior. Parece que las distintas capas no estaban trabadas entre sí.

En una etapa posterior se echó un escalón más y, finalmente, rellenaron los escalones y se recubrió de piedra de Tura, resultando así una verdadera pirámide de 144,32 m x 144,32 m de base y una altura de 92 m (280 x 280 codos y 180 codos de altura). La inclinación es de 51º 52'. En la cara norte se abre la entrada a 18,50 m del suelo, lo que origina ciertas molestias a los visitantes actuales, y desde allí arranca un corredor descendente con una pendiente de 27º 5', primero a través de la masa constructiva y después perforado en la roca, hasta los 54 m desde donde continúa horizontal otros 10,5 m. En ese punto se hallan un pozo de uso desconocido y dos nichos laterales, cuya finalidad se discute, aunque predomina la idea de que sirvieron para fines culturales o bien para contener las piedras de cierre.

Desde este lugar se asciende por un estrecho acceso a la cámara funeraria situada a 6,5 m por encima del corredor, con unas dimensiones de 6,50 m x 2,5 m y cubierta por una bóveda hecha por aproximación de hiladas de 5,5 m de altura. Cuando Maspero la exploró ya no estaba el sarcófago, aunque Petrie halló restos de uno de madera.

Los edificios anejos son los característicos del complejo piramidal: el templo funerario adosado por el este a la pirámide, un simple lugar de ofrendas con mesa de ofrendas, dos estelas anepígrafas (sin inscripciones); la calzada, hoy completamente perdida, de 214 m de longitud y, finalmente, el templo del valle del que apenas quedan restos. Un canal conducía hasta el río.

Según Petrie, el gran pozo al norte, en el que se encontró un sarcófago de madera, correspondía a una mastaba real. Al este de la pirámide se supone que se asentaba la ciudad piramidal. Para terminar con Meidum, citaremos las mastabas de los príncipes Nefermaat y Rahotep, así como la capilla de Atet, esposa de Nefermaat, que produjo las famosas pinturas murales que se reparten en el Ashmolean Museum y en el de El Cairo.

Dashur, a unos 40 kilómetros al norte de Meidum, ofrece al viajero que pasa por la carretera paralela al río un espectáculo grandioso, con sus dos pirámides recortándose en el horizonte sobre el fondo amarillo del desierto occidental.

La del sur, denominada de doble vertiente o pirámide romboidal, es la primera que fue planificada como una verdadera pirámide geométrica. Wilkinson sugirió que la parte superior había sido terminada deprisa y por ello se había reducido la altura, teoría apoyada por Perring y mantenida por Edwards.

Recientemente Stadelmann ha puntualizado algunos hechos que creemos de interés. Fue proyectada después de terminar la segunda fase de Meidum, poco posterior al año 12 de Snofru, sobre una superficie cuadrada de 188,60 m de lado (= 360 codos) y con un ángulo de inclinación de 54º 31' 13" en el arranque. Se asienta sobre una roca de naturaleza arcillosa de pizarra estratificada y resulta relativamente blanda. Aún hoy se pueden ver las grietas producidas por el peso. Esta debió ser la causa de que se abandonara el trabajo cuando se había alcanzado una altura de 49,07 m.

Pasados unos años se reemprendió la construcción con un ángulo de 43º 21' hasta una altura de 101,15 m, mientras que con el ángulo inicial hubiera llegado a los 132 m. Externamente es la mejor conservada, ya que se puede ver el revestimiento de piedra de Tura, quizá debido a que los bloques no están dispuestos en posición horizontal, sino inclinados hacia el interior.

Otra notable singularidad de esta pirámide es el hecho de tener dos accesos independientes, uno al norte que se abre en la cara de la pirámide, casi en el centro, a una altura de 11,80 m, tiene sección cuadrada de 1,06 m de ancho, 1,10 m de alto y una inclinación de 25º 24'. Desciende a través de la masa principal y de la roca unos 75 m de longitud, desembocando en la antecámara abovedada de 12,60 m de altura.

En la pared sur de ésta, a 6,52 m del suelo se abre la cámara funeraria de

6,52 m x 5 m, cerrada por una bóveda de embudo; dicha cámara en su muro sur se abre a un pasadizo que conduce a un pozo, que cuando se excavó estaba lleno de piedras, tal vez preparadas para cerrar el acceso, aunque nunca se emplearon. Desde la pared superior de la bóveda de la cámara parte un pasadizo de 1,50 m x 1,50 m y 15,30 m de largo, que asciende hasta el suelo del segundo corredor de acceso. Este tiene su entrada en la cara oeste en un punto desviado hacia el sur unos 13 m y 33,32 m de altura del suelo. Durante el primer tramo lleva una inclinación de 30º y después de 24º hasta la altura del suelo de la pirámide, desde donde corre horizontalmente hasta la cámara de 5,26 m x 7,97 m, cubierta igualmente por una bóveda de 16 m de altura.

En el pasillo horizontal se construyeron dos pequeñas cámaras, cada una de las cuales recibió una gigantesca piedra de cierre de caliza; entre esas dos desemboca el acceso desde la cámara inferior que hemos descrito.

Igual que Meidum, la pirámide de Dashur estaba rodeada por sus *témenos* (muro) de piedra, en cuya parte sur se levantaba una pequeña pirámide cultual, con acceso al norte, corredor y cámara. Se ha descartado que se trate de la pirámide de la reina. El pequeño templo del este, simple lugar de ofrendas, contenía dos grandes estelas con el nombre de Snofru y su protocolo real. Hay otro pequeño edificio cultual al norte. Completan el complejo la calzada y el templo del valle, que en este caso es de una franca monumentalidad.

La pirámide norte de Snofru, en Dashur, ya es una verdadera pirámide, construida por el rey citado, sin duda alguna, sobre una base de 219,28 m, equivalentes a 200 codos. Tiene un ángulo de inclinación sorprendentemente bajo, de 43º 36' 11" y una altura de 104,42 m. Dado que el ángulo de inclinación es casi el mismo que el de la segunda fase de la pirámide del sur, se ha pensado que se llevaron a cabo por el mismo tiempo, pero este hecho no es concluyente. Por otra parte, hay diferencias en el aparejo, porque al emplear piedras de mayor tamaño y ponerlas en hiladas horizontales, quedan rendijas que se rellenan con mortero de caliza.

El sistema de accesos y cámaras es como sigue: una apertura en el lado norte de acceso a un corredor que empieza a 28 m de altura desde el suelo, y tiene 1,04 m x 1,16 m y una pendiente de 27º con una longitud de 62,60 m. Corre dentro de la masa piramidal hasta que llega al nivel del suelo, donde se hace horizontal y desemboca en tres cámaras, una detrás de otra, quedando la segunda exactamente debajo del centro de la base de la pirámide.

Las dos primeras son exactamente iguales, con bóveda de 12,31 m de altura y con paredes de una rara perfección constructiva, anticipación de lo que veremos años después en la gran galería de la pirámide de Keops. Desde la segunda antecámara se accede a una altura de 7,80 m a la cámara funeraria propiamente dicha de 4,18 m x 8,35 m y 14,67 m de altura de bóveda. Allí estuvo posiblemente el cadáver de Snofru, a juzgar por los restos que encontró Perring. No hay rastros de calzada ni de templo del valle, pero sí se cita la ciudad piramidal en el decreto de Pepi I.

La gran pirámide de Keops

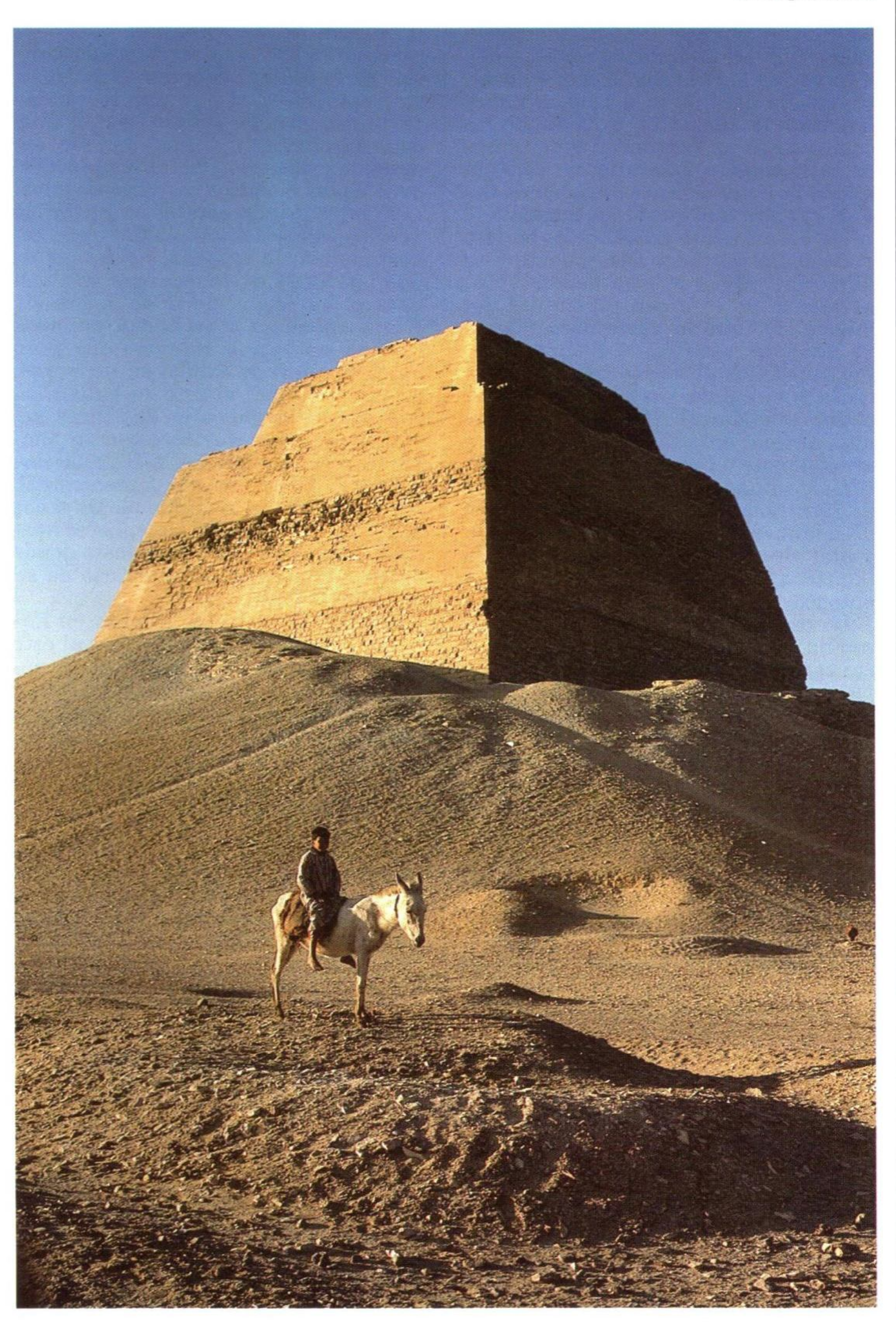
Keops, hijo y sucesor de Snofru, cambió de residencia hacia el norte y escogió la meseta de Giza para erigir su pirámide, la más grande y el edificio más famoso de la antigüedad. Ha sido medido, estudiado y comparado desde todos los ángulos y perspectivas. El propio Napoleón se entretuvo en medirla y cubicarla, iniciando un camino que había de culminar en J. H. Cole siglo y medio después. Los depredadores también son legión, destacando entre ellos nada menos que el califa Ma'mum.

Su tamaño es descomunal. El cuadrado de base mide 230,253 m por el norte, 230,361 m por el oeste, 230,454 m por el sur y 230,394 m por el este. Damos las medidas en milímetros para que se vea la exactitud del proyecto. En codos, cada lado es de 440. La altura alcanza 146,59 metros y la pendiente 51º 50', lo que equivale a cinco palmos y medio de receso por cada codo de elevación.

Pese a las apariencias, la pirámide está bastante degradada, en el vértice le faltan unas doce hiladas y la cobertura de piedra de Tura ha desaparecido casi por completo, lo cual nos permite contemplar el gigantesco tamaño de los bloques, cuyo peso medio es de dos toneladas y media, alcanzando un máximo de quince toneladas.

No cabe duda de que la gran pirámide fue pensada tal y como se acabó en

Pirámide de Snofru, en Meidum; es la más meridional de las pirámides



cuanto a forma y tamaño, pero el sistema de accesos y cámara sufrió varias rectificaciones, que se pueden reducir a tres fases. En la primera se construyó la entrada en el lado norte atravesando la masa piramidal y continuando a través de la roca con la sección acostumbrada de 1,09 m x 1,20 m y una longitud de 105,34 m, a partir de los cuales se torna horizontal y desemboca en la cámara funeraria, de 14,06 m x 8,36 m y una cultura variable de 3 a 4 m, cámara que quedó inacabada.

En un momento posterior se perforó el techo del corredor descendente y se abrió un nuevo acceso ascendente, atravesando la masa piramidal del mismo tipo que la parte descendente ya descrita, pero en su última parte fue construido al mismo tiempo que se hacía la pirámide, y a los 30 m da paso a uno horizontal, ligeramente más alto, al final del cual está una cámara exactamente en el eje vertical de la pirámide, situada en la masa piramidal a 21,19 m sobre el nivel del suelo. Tiene unas dimensiones de 5,23 m x 5,76 m y una altura de 6,26 m. Los árabes la llamaron la *cámara de la reina* y desde entonces ha conservado este nombre.

La tercera fase consistió en abandonar la idea de la segunda cámara y construir otra a un nivel más alto; para ello se prolongó el tramo ascendente, transformándolo en una gran galería de 47,85 m de largo y una altura de 8,50 m con paredes de piedra pulimentada hasta una altura de 2,30 m, y a partir de este nivel hay siete hiladas de losas, cada una de las cuales avanza hacia adentro 75 mm, con lo cual se forma una bóveda realmente impresionante.

Al final de la gran galería, se accede a un estrecho pasadizo, donde estuvo el mecanismo de cierre mediante grandes bloques, y a continuación la cámara que se llama *del rey*, construida de granito en su totalidad, de 5,24 m x 10,48 metros y 5,8 m de alto. El techo de la cámara es plano, formado por nueve losas, pero encima de él se montaron cinco compartimientos separados de techo plano y el último con él a dos aguas. Esta innovación arquitectónica se ha explicado como un medio de descargar el peso inconmesurable de la masa que tenía encima. Algo así pudo pensarse, y esta preocupación explicaría, en mi opinión, el sucesivo cambio de la cámara, elevándola cada vez más.

Desde la cámara y desde la gran galería parten dos respiraderos hasta la superficie exterior sur y norte. Un proyecto parecido se había iniciado desde la *cámara de la reina*, pero quedó inconcluso cuando se decidió la construcción de la cámara superior. Otro curioso pasadizo es el que une la última parte del corredor inferior con el final del ascendente, cuya finalidad fue, sin duda, la evacuación de los obreros después de los bloqueos correspondientes.

Frente al lado este de la pirámide quedan restos del templo funerario conectado con la calzada y flanqueado por las fosas de las barcas solares. Otra se hallaba al norte de la calzada y una cuarta en la parte sur de la pirámide, en la que apareció una gran barca que hoy se exhibe en un museo propio. También al este se hallan las tres pirámides menores de reinas, según el esquema corriente con su templo al este, atribuibles a Hetepheres, madre de Keops, la más septentrional, y a Henutsen, la meridional. De todos modos el rico ajuar de Hetepheres apareció en una fosa excavada justo donde debía estar el templo funerario de su pirámide.

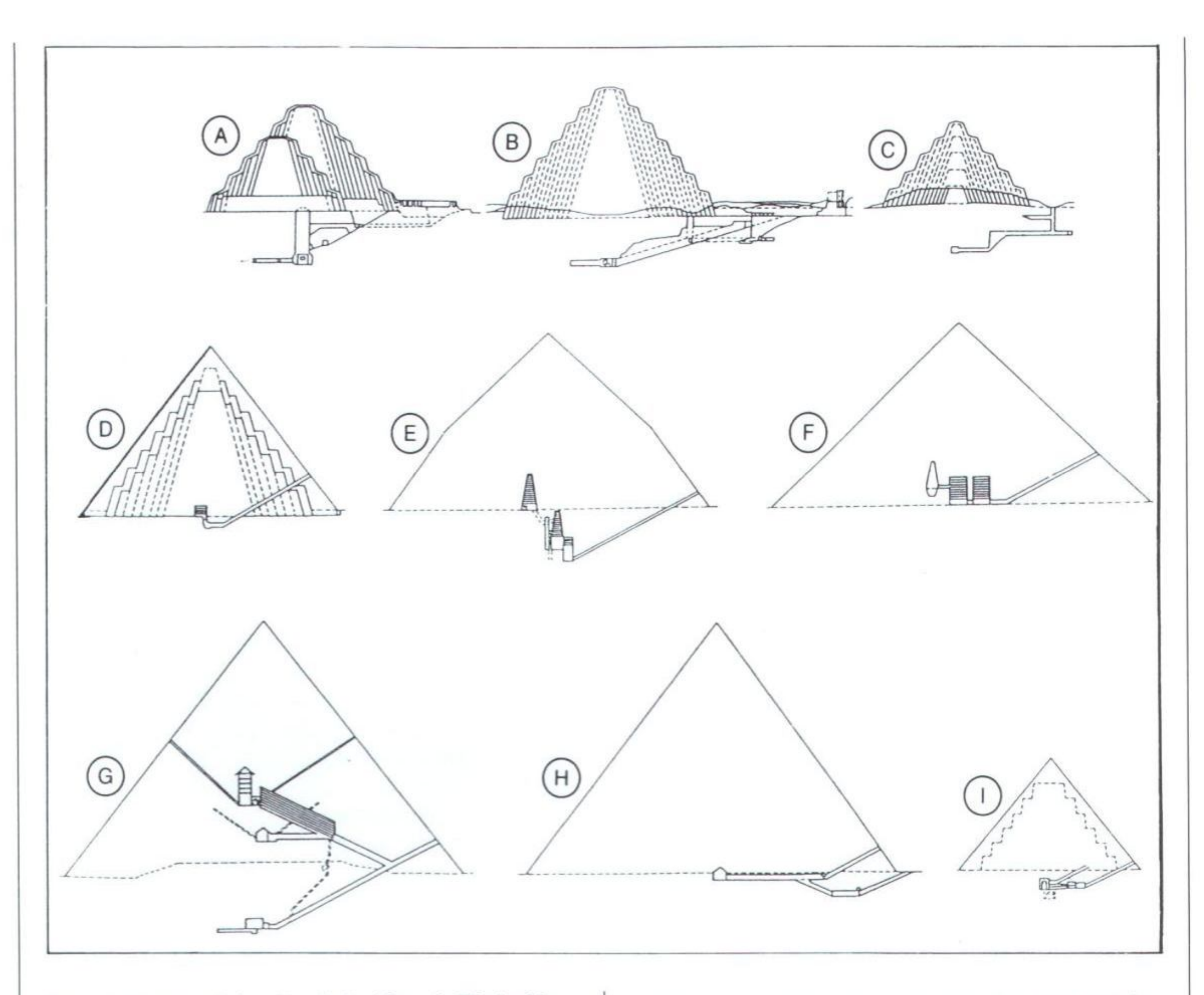
Sólo añadiremos las tumbas en forma de mastaba de los príncipes al este de las pirámides de las reinas, la ciudad piramidal que debió encontrarse al norte y la gran necrópolis del oeste destinada a los nobles.

La pirámide de Kefrén

Por otra parte está la pirámide de Dedefre (Rededef), en Abu-Roash. Este faraón de breve reinado escogió para su pirámide, y tal vez para su residencia, un lugar situado a 10 kilómetros más al norte, pero hoy no es más que un montón de ruinas que, no obstante, permiten reconocer una pirámide construida a la manera antigua de la III Dinastía y de dimensiones mucho menores. Baste citar que el lado no llega a los 100 m. El templo funerario no estaba terminado a la muerte del faraón.

Kefrén volvió a Giza para construir su pirámide un poco al suroeste de la de su padre, en un lugar más elevado, por lo que parece más alta, aunque originariamente era unos tres metros más baja.

La idea de Kefrén de sobrepasar la obra de su padre parece que no sólo se



Principales modelos de pirámides: A. Pirámide escalonada de Zoser en Sakara (60 m de altura); B. Proyecto de pirámide escalonada de Senedhem en Sakara; C. Proyecto de pirámide escalonada de Khaba en Sawiyet el-Aryan; D. Pirámide de Snofru en Meidum (93,5 m de altura); E. Pirámide acodada de Snofru en Dahsur (97 m de altura); F. Pirámide Roja de Snofru en Dahsur (104 m de altura); G. Pirámide de Keops en Giza (147 m de altura); H. Pirámide de Kefrén en Giza (143 m de altura); I. Pirámide de Micerinos en Giza (63,5 m de altura)

manifiesta en la elección del lugar, sino en el proyecto de la pirámide misma. El hecho de que tenga un acceso fuera de la base significa para unos que en principio se había pensado construirla unos 70 m más al norte, pero otros mantienen que en realidad se había concebido mucho mayor. Si fuera éste el caso, la pirámide de Kefren sería con mucho la verdadera obra colosal de los faraones.

También se ha aducido el hallazgo de un suelo mejor para la construcción de la calzada. Sea cual fuera la razón para el cambio de planes, la pirámide, tal como se terminó, se asienta sobre un cuadro de 215,25 m de lado, tiene un ángulo de declive de 53º 10' y una altura originaria de 143,50 m. El vértice y las hiladas inferiores estuvieron revestidas de granito, y el resto, de piedra de Tura.

Ya hemos dicho algo sobre los accesos, que en este caso plantean problemas en gran medida irresolubles. Existe un pasadizo que arranca de un punto exterior a la masa piramidal y, por tanto, está completamente excavado en la roca. Desciende primero con una inclinación de 21º 40', se hace horizontal y vuelve a ascender al piso del corredor superior. Es de notar que en la parte horizontal de este corredor inferior existe un divertículo hacia el oeste que conduce a una pequeña cámara, que se dejó incompleta.

El segundo acceso es de tipo ya conocido. Parte de la pared norte a una altura de 11,40 m del suelo y desciende con la misma inclinación que el antiguo hasta el suelo de roca y a partir de aquí se prolonga horizontalmente

hasta la cámara funeraria. Esta mide 4,99 m y 14,15 m, y 6,83 m de altura; su parte occidental se recubrió de caliza y granito, y en este suelo se hundía el sarcófago. Como siempre, los accesos se cerraban con grandes piedras.

Al sur se conservan restos de una pequeña pirámide cultual y un pozo donde se enterraron raros objetos de culto. Al oeste, Petrie creyó encontrar los alojamientos de los obreros que trabajaron en la construcción, y posiblemente esté en lo cierto. Se trata de una serie de galerías construidas con piedras y adobe que podrían albergar a unos 5.500 trabajadores. Al este se halla el templo funerario, que en este caso es una maravilla arquitectónica de dimensiones poco comunes, 111 m x 56 m, del que desgraciadamente no queda casi nada. Una calzada de 494 m de largo lo unía al templo del valle, junto al cual se halla la famosa esfinge, otra de las grandes obras egipcias, tallada en la roca natural en tiempos de Kefrén. Cuerpo de león con cabeza humana, que mide de la cabeza a la cola unos ochenta metros, más adelante identificada con el dios Harmachis.

La pirámide de Micerinos fue construida en el extremo sur de la meseta de Giza. Al contrario que la de Kefrén, se proyectó más pequeña, como demuestra su primer sistema de accesos, y más tarde se amplió. De todos modos, aun después de la ampliación resultó la menor de las tres de Giza.

La base mide 102,20 m, ángulo de 51º 10' 30" y altura de 65,13 m. La parte superior va recubierta de piedra de Tura, y las dieciséis hiladas inferiores, de granito. Internamente, según Edwards, los accesos fueron planificados al menos dos veces y probablemente tres. Primero se construyó un corredor descendente a través de la roca que conducía a una cámara rectangular orientada de este a oeste. Cuando se abandonó este proyecto y la pirámide fue ampliada, se profundizó la cámara y se construyó un corredor debajo del antiguo que arranca del lado norte, sólo a 3,97 m sobre el nivel del suelo; desciende con una inclinación de 26º 2' a una antecámara cuyas paredes están decoradas con 26 nichos, falsas puertas; continúa horizontal y, finalmente, llega a la segunda cámara. El último remodelado del conjunto consistió en añadir dos cámaras más a una profundidad mayor y una rampa desde la superior.

El sarcófago de Micerinos, de basalto, con las caras exteriores decoradas en relieve, fue encontrado por Vysey. No llegó a su destino, Gran Bretaña, pues se perdió al naufragar el barco que lo transportaba. Sobre esta cuestión, ver en HISTORIA 16, nº 233, *A la búsqueda del sarcófago del faraón Micerino*, por Federico Lara).

Al sur se alinean tres pirámides menores, que quedaron inconclusas, y sin identificación de las personas a quienes pertenecieron. Hay posibilidades de que la primera fuera la de Khamerernebty II.

Tanto el templo funerario del este como el del valle produjeron gran número de estatuas y estatuillas, que se cuentan entre las mejores del Imperio Antiguo.

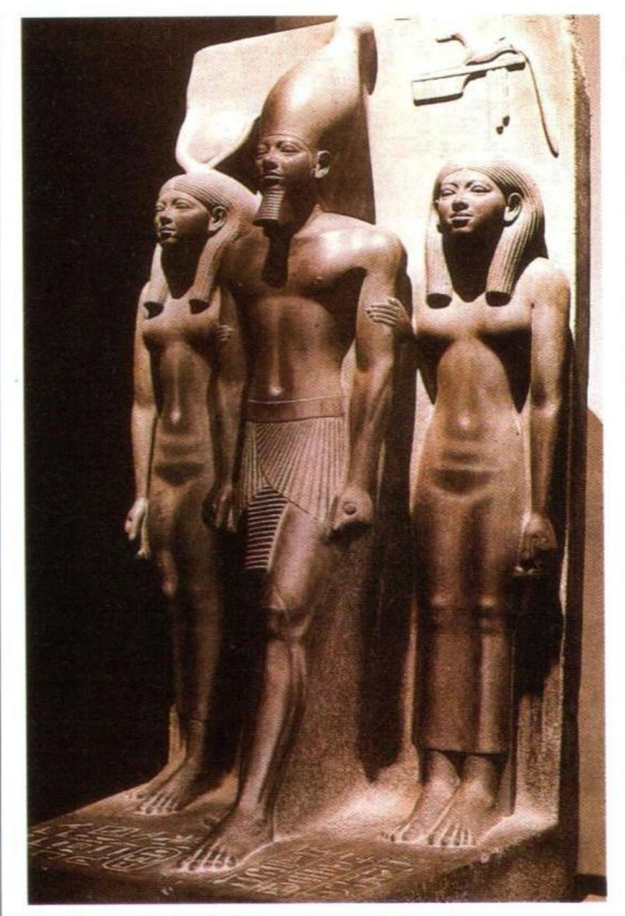
En esta enumeración de las pirámides de la IV Dinastía prescindiremos de la inacabada de Sawyet el-Aryan, atribuida a un faraón cuyo nombre podría leerse Nebka, y del que dijimos podría identificarse con Bicheris.

Concluiremos con una tumba en forma de mastaba que se levanta mocha y plana en medio del desierto del Sakara, llamada por los árabes *Mastabat al-Faraum*. Es la tumba de Shepseskaf. Se trata de una mastaba de 99,60 m de lado por 74,40 y 18,70 m de alto, con una inclinación de 65º.

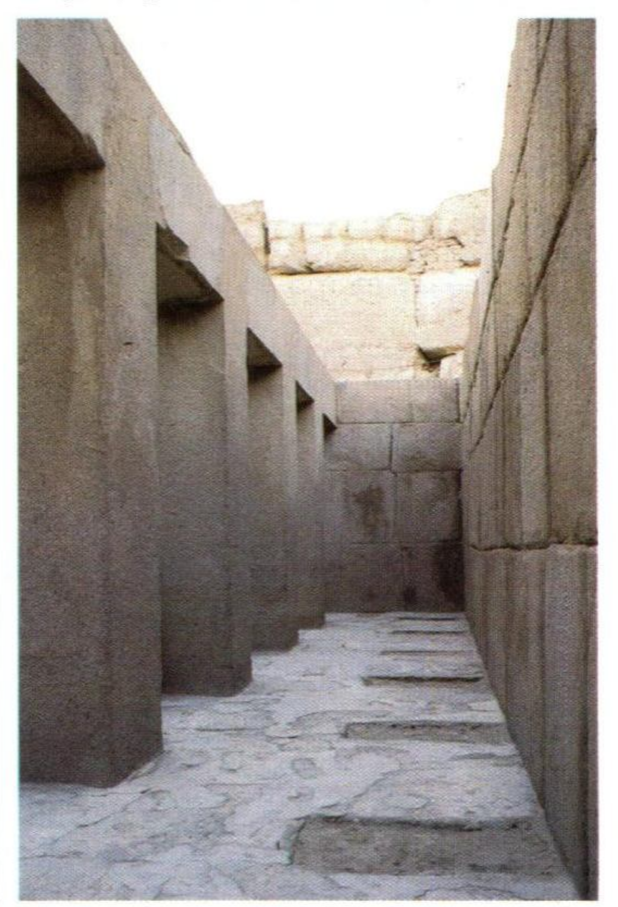
La construcción de las pirámides era una tarea específica del visir, entre cuyos títulos figuraba en lugar destacado el de *jefe de todos los trabajos públicos del rey*. Pero como no era necesariamente un técnico, necesitaba la colaboración de un arquitecto real, e incluso sabemos que el propio monarca acudía a las obras para inspeccionarlas y darles su real aprobación. Durante la V Dinastía se produjo el hecho desgraciado de un visir que muere de repente en el transcurso de una visita real a una obra de este tipo.

Por varias razones se ha pensado que podemos identificar a una familia de *técnicos en pirámides,* como ocurre con Nefermaat de Meidum y su hijo Hemiunu, representados en estatuas procedentes de Giza, hoy en el Pelizaeus Museum. Al primero se le atribuye la pirámide de Meidum y al segundo la de Keops.

La lista de artesanos y obreros de todo tipo que intervenían directa o indirectamente en la construcción es interminable y se han dado cifras para



Arriba: tríada de Micerinos: el faraón, entre la diosa Hator y uno de los nomos de Egipto (Museo de El Cairo).
Abajo: templo del Valle, de Kefrén, en Giza



todos los gustos. En tiempos se pensaba en un millón y hoy se admite que pudieron ser, para las pirámides grandes, de 10.000 a 30.000.

Los tajos eran fundamentalmente el de las inmediaciones, donde se extraía la piedra para la elevación del núcleo piramidal; las canteras de Tura, al otro lado del Nilo y a unos veinte kilómetros de distancia de las que proporcionaban la caliza de revestimiento; finalmente, las canteras alejadas hasta lugares tan remotos como Asuán o Abu Simbel, en el corazon de Nubia, adonde se iba a buscar granito y diorita para los revestimientos de lujo, pasando por muchos otros lugares del Alto Egipto, abundantes en piedras especiales.

Como es natural, las faenas de transporte eran complicadas y difíciles si tenemos en cuenta que muchos bloques transportados pesaban hasta quince toneladas. La mano de obra de canteros y transportistas se movilizaba por el régimen de corvada, se distribuía en equipos y cada uno comprendía cinco pelotones de diez hombres cada uno.

Una vez extraídos los materiales se transportaban al río, que también recibía por el norte los procedentes de Biblos o el Sinaí, y navegando aguas arriba o abajo llegaban al desembarcadero del templo del valle, desde donde volvían a viajar por tierra hasta pie de obra. Allí y en las canteras trabajaban muchos oficios: escribas, arquitectos, capataces, escultores, picapedreros, fabricantes de herramientas, carpinteros y toda la gama de oficios auxiliares, como panaderos, cerveceros, tejedores, ceramistas, alpargateros, aguadores, etcétera.

Ahora bien, ¿cómo se construyeron las pirámides? No lo sabemos con detalle. En cien años largos de investigación se han ido elaborando hipótesis más o menos verosímiles, gran parte desechadas por imposibles.

Durante mucho tiempo se admitió que primero se nivelaba el suelo donde iba a construirse el monumento mediante canales de agua. Se ha visto que no había tal cosa, porque algunas tienen el suelo de roca irregular. El trazado de la base se hizo midiendo con cordeles y utilizando la sencilla geometría del triángulo sagrado 3, 4, 5. La orientación no era difícil y se conseguía con dos aparatos llamados *merhet* y *bay* y un horizonte artificial.

Pero al fin y al cabo esos son problemas menores. El gran problema consiste en explicarnos cómo pudieron elevar tanta masa de materiales tan pesados a tanta altura con medios técnicos necesariamente tan primitivos. Y precisamente esta falta de explicación minuciosa y convincente es una de las causas de que se haya disparado la imaginación de *noveleros* que nos han dado teorías de todo punto inaceptables.

Dejando aparte este tipo de invenciones, los mismos egiptólogos han variado de opinión muchas veces. La hipótesis de la rama ascendente en forma de escalera rodeando el núcleo por la que se elevarían los materiales no parece posible porque crearía problemas de transporte en las esquinas y no permitiría mediciones exactas. La idea de las rampas perpendiculares a los lados de la pirámide tampoco es del todo convincente si tenemos en cuenta que exigiría ingentes cantidades de materiales y se derrumbarían con facilidad por el peso que tendrían que soportar.

Evidentemente se utilizaron escalas y palancas, pero no sabemos de qué tipo ni de qué potencia. Se ha propuesto que casi con seguridad el mismo núcleo sirvió de escalón de transporte, lo cual me parece lógico, aunque no lo explica todo ni mucho menos. En resumen, tenemos que confesar que en este tema, como en tantos otros de la historia de Egipto, nos movemos en densísima oscuridad.

Quien pasee hoy entre las grandes pirámides de Giza, o se alargue hasta Meidum o Dashur con mayor razón, recibe una melancólica impresión de soledad funeraria, tanto mayor cuanto más grandiosos son los monumentos que contempla. En el caso de Giza, las dos o tres grandes necrópolis de mastabas en torno a las pirámides alineadas con geométrica precisión acentúan este sentimiento de irreparable desolación.

Me imagino que durante la IV y V dinastías el aspecto era muy distinto. A lo largo de este artículo hemos hablado repetidamente de ciudades que denominamos *piramidales,* a falta de otro adjetivo mejor, porque son ciudades al principio pequeñas, pero luego algo mayores, que se formaron alrededor de las grandes pirámides que hemos descrito. En lengua egipcia se las expresa a fines de la IV Dinastía con el determinativo de *niwt* (ciudad).

Las hemos visto en Meidum, en Dashur, en Giza. Arqueológicamente sólo se ha excavado alguna pequeña parte de la de Micerinos, ampliada en tiempos de Shepseskaf, aunque poseemos abundantes referencias textuales sobre estos establecimientos. Se fundaban por los reyes para dar cobijo a los sacerdotes que tomaban parte en el culto funerario real y se dotaban con bienes raíces, cuyos rendimientos eran el soporte económico de sus habitantes.

Estos sacerdotes son al mismo tiempo funcionarios administrativos de la fundación real. Están pobladas además por artesanos que se ocupan de la conservación de las obras, campesinos, carniceros, médicos y guardianes de la necrópolis. El hecho de ser súbditos especiales del faraón les daba un *status* de favor que se manifiesta en los privilegios que reciben en los llamados decretos del Imperio Antiguo.

Están gobernadas por un alcalde y la administración superior recae en el visir. Todo esto nos hace pensar que la necrópolis de Giza era un organismo vivo. Especialistas muy autorizados se han planteado al problema de si acaso incluso el faraón pudo residir en las ciudades piramidales que llevan su nombre.

Ni que decir tiene que la gran época de Giza fue el Imperio Antiguo y que las profundas convulsiones que dieron al traste con el Estado centralizado también influyeron en los destinos de esta gran necrópolis. El abandono y la ruina sobrevinieron en lo que llamamos Primer Período Intermedio, estado que continuó en el Imperio Medio.

Los faraones del Imperio Nuevo se preocuparon de limpiar la zona, que no sólo había sido saqueada, sino cubierta por las dunas del vecino desierto. Conocidos son los trabajos de Tutmés IV y las restauraciones de la XIX Dinastía.

La vuelta al pasado, ideal de la época saítica, contribuyó al cuidado de los venerables monumentos que encarnaban la época más gloriosa de Egipto. Empezó a ser lugar de visita obligada, de tal manera que en la época grecorromana es un auténtico lugar turístico al que acuden los hombres cultos y curiosos de las grandes ciudades del Mediterráneo clásico.

El humanismo cortesano: la V Dinastía

Miguel Angel Elvira
Profesor de Historia Antigua. Universidad Complutense de Madrid

Uno de aquellos días, Redjedet empezó a sentir fuertes dolores, y el parto se presentaba difícil. Entonces la Majestad de Ra, señor de Sakhebu, dijo a Isis, a Neftis, a Meskhent, a Heket y a Khnum: Id, por favor, y prestad ayuda a Redjedet para que pueda parir a los tres niños que tiene en su vientre, pues éstos han de ejercer la función perfecta en todo el país. Os construirán templos, enriquecerán vuestros altares, cuidarán de que no falten libaciones sobre vuestra mesa, aumentarán las ofrendas a vosotros ofrecidas.

Así comienza su relato el Papiro Westcar, continuando con el esperado desenlace: los dioses toman el aspecto de danzarinas, llegan a casa del alborotado Rauser, marido de Redjedet, entran en ella con su permiso, y tiene lugar el parto.

El hijo mayor es robusto y un verdadero prodigio: *Sus miembros tenían incrustaciones de oro y sus cabellos eran de verdadero lapislázuli.* Meskhent no puede sino exclamar al verle: *Un rey que ejercerá su reinado sobre todo este país.* El niño es Userkaf, primer monarca de la V Dinastía.

Es difícil saber por qué se creó esta leyenda. Userkaf, según las conjeturas actuales, no tenía necesidad de inventarse tan sobrehumano origen, puesto que, a través de la reina Khantkawes, cuya tumba en Giza es bien conocida, entroncaba directamente con la IV Dinastía. ¿Fue acaso un relato compuesto muchos años, incluso siglos después? Parece posible, y en tal caso el objetivo sería bien claro: explicar el culto que este monarca y sus sucesores dispensaron con verdadera pasión al dios Ra.

En efecto, quizá el signo más visible del acceso de la nueva dinastía es de orden religioso: después de un largo período en que el carácter solar del monarca, vinculado con Ra, es claro, pero sin que podamos afirmar taxativamente el dominio de una teología concreta, ahora se evidencia la adopción de un sistema unitario, el elaborado desde muchos siglos atrás en On, la futura Heliópolis, y con él su grandiosa cosmogonía.

En el origen tan sólo existía el caos *(nun)*, líquido frío y oscuro. Pero ocurrió que, autocreándose, surgió el sol, Atum. Este, al no hallar donde colocarse, creó en el lugar de su aparición una colina, la que después serviría de sede al templo de Heliópolis. Tal es el origen del símbolo posterior del ave Fénix o Bennu, posándose sobre el Ben-ben, piedra elevada u obelisco que significa el rayo solar.

Atum será el origen de la Creación: escupiendo o, según otros, masturbándose, dio lugar a la primera pareja, Shu (principio del aire y de la vida) y Tefnut (la ordenación del mundo), a los que pudo guiar con su ojo, el *udjat*, separable de él.

Shu y Tefnut tuvieron como hijos a Geb, el dios de la tierra, y a Nut, la diosa del cielo, y éstos a su vez, al ser separados por Shu, fueron padres de Osiris, Seth, Isis y Neftis, completando así la Gran Ennéada de Heliópolis.

Tal esquema, en efecto, era muy útil: permitía por una parte fijar la función teológica del faraón, al considerarlo hijo de Ra, dios solar, que quedaba asimilado a Atum con el nombre de Ra-Atum, y por otra parte la Ennéada servía de simple núcleo ampliable al placer: Hathor pasaba a ser hija de Nut y de Ra; Horus, según las acepciones, era el propio Ra (Haraktes), o el hijo de Nut, o el hijo de Isis y Osiris, etcétera.

De esta forma se podía frenar la pérdida de prestigio divino —por decirlo así— que venían sufriendo los faraones anteriores y, por otra parte, se contentaba a los distintos nomos y ciudades, celosos de la importancia de su dios local, al darles a todos una dignidad religiosa concreta.

Templos solares

Desde el punto de vista artístico y monumental, la implantación de tal etiología tuvo gran importancia. En efecto, si bien los faraones anteriores y los de la V Dinastía se dedicaron y dedicarán a la construcción y enriquecimiento de templos a dioses variados, nada nos ha quedado de tales construcciones; en cambio, conocemos los templos solares que a Ra dedicaron Userkaf y sus sucesores, tan impresionantes que aún se pueden reconstruir a partir de sus ruinas.

Estos templos llegaron a ser seis, al parecer: todos los sucesores de Userkaf que tuvieron tiempo para ello construyeron uno, dándole un nombre alusivo: *Campo de Ra, Horizonte de Ra, Delicia de Ra,* etcétera. Sin embargo, sólo dos han podido ser documentados y excavados con certeza: el del propio Userkaf y el del sexto faraón de la dinastía, Neuserré, ambos situados entre Sakara y Giza, en el lugar llamado Abu Gurob. Se trata de unos santuarios que debieron lógicamente imitar el hoy desconocido Heliópolis, y con una distribución similar a los conjuntos de las pirámides.

Al estar muy destruido el pequeño templo de Userkaf, parece que puede tomarse como prototipo el de Neuserré: un templo bajo, situado en la llanura del Nilo, da acceso a una larga rampa ascendente. Esta conduce a un nuevo edificio, que hay que atravesar para alcanzar el recinto sagrado, rectangular y rodeado por un muro: allí, a pleno sol, se celebra el culto a Ra.

Al lado derecho quedaban almacenes y dependencias; en el centro, el altar con distintos apartados para ofrendas; al lado izquierdo, un pasadizo que llevaba a la gran construcción del fondo, que dominaba el conjunto: una especie de pirámide acodada o pesado obelisco, simbólico de la divinidad, sobre un enorme podio de muros inclinados: en total, una mole que podía superar los cincuenta metros de altura. Se trata del tipo de santuario más peculiar de la V Dinastía.

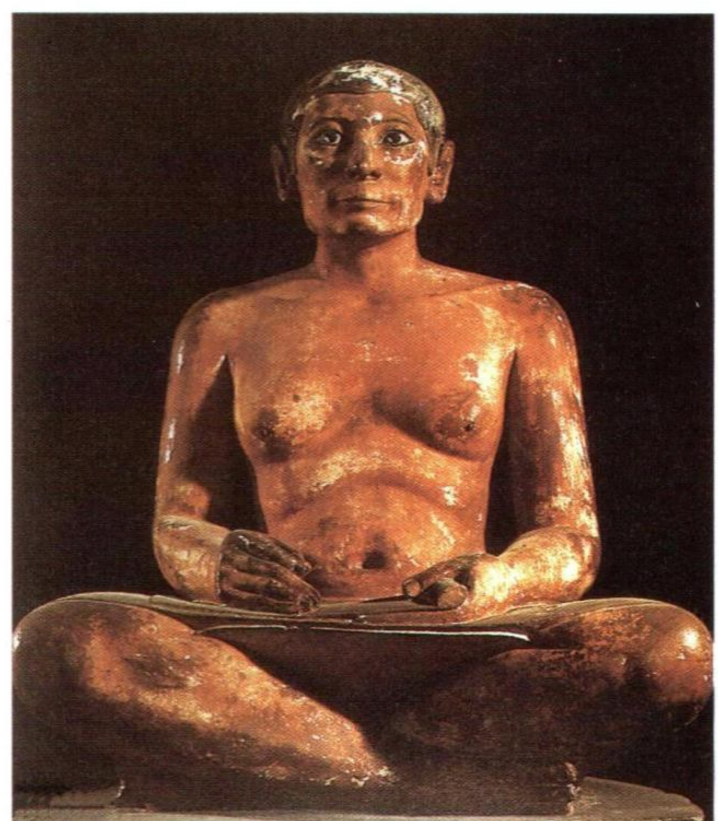
No se sabe por qué cada faraón tuvo a gala construir un tempo nuevo a Ra, no bastándole con el de algún antecesor; quizá la relación íntima entre el monarca y su padre divino así lo exigía; acaso cada templo acababa vinculándose a su constructor cuando moría y se fundía con la divinidad. De lo que no cabe duda es de que el culto a Ra se convirtió en el gran culto estatal, directamente fomentado y aun ejercido personalmente por el rey, y que éste lo impulsaba con todas sus fuerzas para asentar mejor su propia dignidad religiosa.

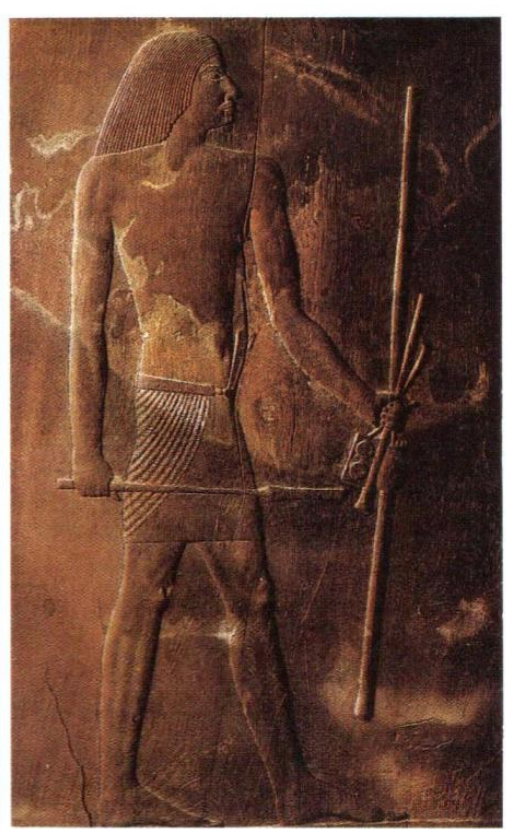
Sin embargo, no debe exagerarse el alcance de tal medida político-teológica. Es peligroso dejarse llevar por estas proclamas, petrificadas en grandiosos monumentos, y ver siempre en ellas verdaderos cambios estatales.

En realidad, a poco que se acerque uno a detalles de otra índole, se ve que los cambios profundos, los más inexorables, fueron más lentos y fluidos. Por tanto, no cabe imaginar a Userkaf como un gran profeta religioso solar, del tipo de Akhenaton: el culto a Ra-Atum nunca desplazó los de otros dioses (la esposa del sacerdote principal de Ra en Heliópolis era a su vez sacerdotisa de Hathor), y nunca pudo sustituir las mitologías más populares, como la de Osiris, sino muy al contrario, como veremos más tarde. Gracias a eso, por otra parte, tuvo más futuro el culto a Ra que el culto a Atón.

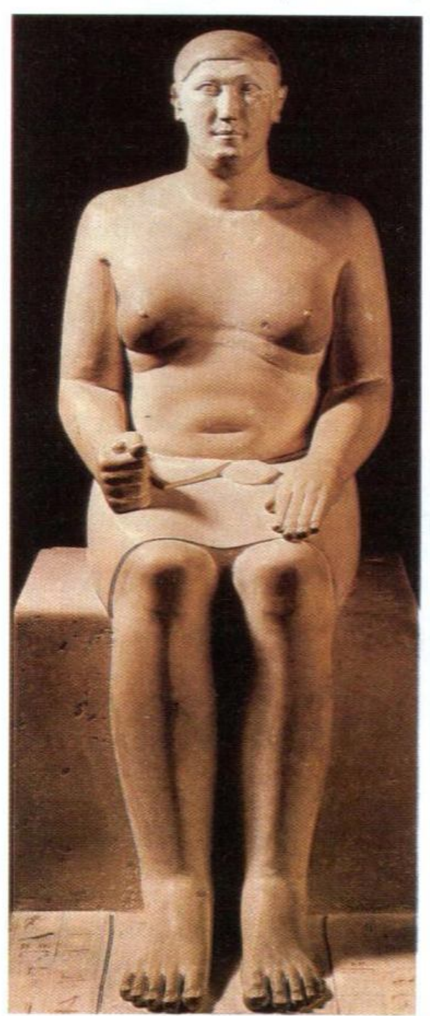
Más bien parece que, como para Userkaf el objetivo era restablecer la dignidad del faraón, le interesaba enlazar con las mejores tradiciones de las Dinastías III y IV. Y así se explica que, después de que el último faraón oficial de la IV Dinastía, Chepseskaf, se contentase con una tumba en mastaba (la Mastabat el-Faraun), él volviese a la forma de la pirámide, y que escogiese para colocarla las cercanías del prestigiosísimo recinto de Djeser en Sakara.

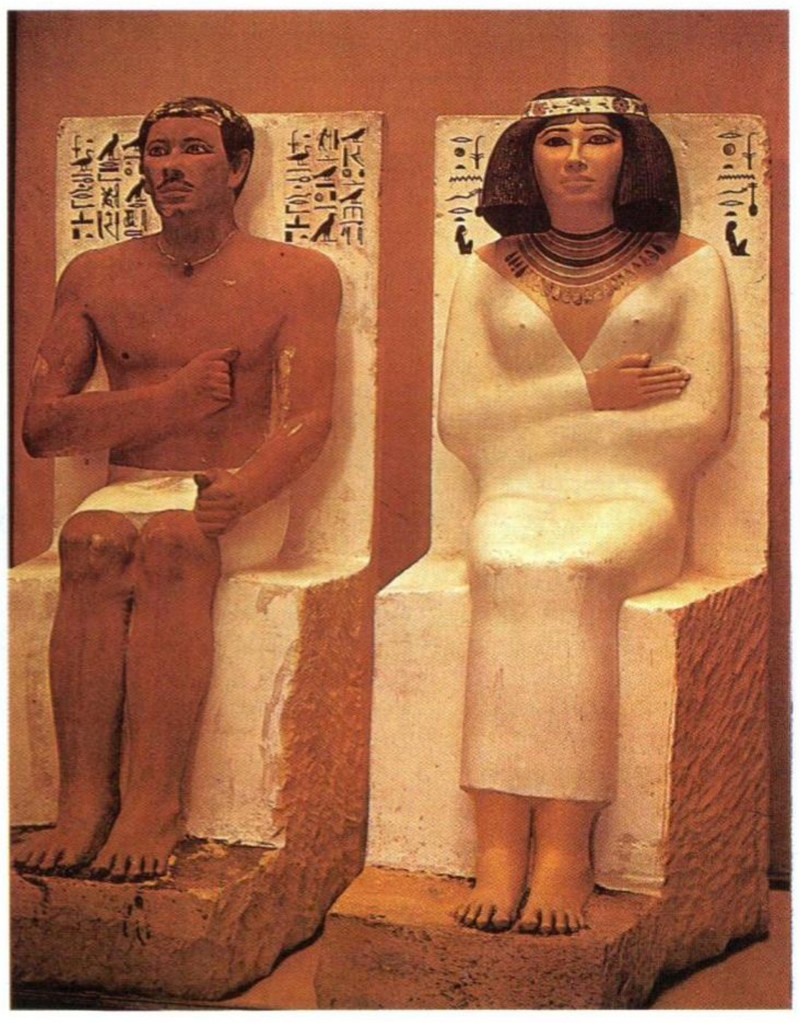
Su pirámide, desde luego, no es muy brillante: 73 metros de lado y 26 de alto (140 codos de lado por 50 de altura); de aparejo descuidado, ha llegado muy destruida hasta nosotros, por haber servido de cantera en época tardía. Pero tales carencias arquitectónicas se intentan compensar con el enriquecimiento de animados relieves (una cacería de pájaros, un barco con reme-





Personajes del Imperio Antiguo. Arriba, izquierda: el escriba Kai (París, Museo del Louvre); derecha: Hesiré, escriba de la II Dinastía. Abajo, izquierda: Hemiún, visir de la IV Dinastía, sobrino de Keops; derecha: los príncipes Rahotep y Nofret, IV Dinastía (los tres últimos, en el Museo de El Cairo)





ros), y, en otro orden de cosas, se aprecia cómo, en sus retratos —los mejores de un monarca de la V Dinastía— Userkaf cuida de mantener las tradiciones escultóricas de la época de Micerinos.

Sin embargo, la enérgica actuación de este rey no podía enfrentarse de lleno con la evolución de las mentalidades, que marcaba determinados derroteros. Si todo Egipto seguía girando en torno al faraón, otros polos de atracción, aún secundarios, pero crecientes, surgían: la herencia familiar, los dioses locales, la ambición personal, incluso la vida de ultratumba pasaba a ser objeto de intereses individuales o colectivos, y ya no limitados al faraón y los miembros de su familia.

Frente al poder divino omnímodo que aún nos aplasta desde lo alto de la pirámide de Keops, tendencias *humanistas,* a menudo aún *individualistas,* ahondan su surco, cuidando de no entorpecer aún, sino de complementar el poder del faraón, armonizándose con los intereses regios.

Cualquier egipcio, en principio, mediante inteligencia, aplicación, saber e influencia, podía ascender hasta la cumbre del puesto de visir, verdadero señor de la administración, la justicia y el sacerdocio egipcios. Hay quien ha llegado a ver en ello, con harta exageración, signos de *democracia.* El faraón, por su parte, puede utilizar esas energías competentes, llenas de habilidad, para asegurar el buen funcionamiento del Estado, y con él la paz y prosperidad que a todos beneficia.

Por eso le resulta útil a su vez encauzar la evolución de las mentalidades y pone a su servicio personajes brillantes, orgullosos de su ascenso social y de las propias cualidades que se lo han permitido. No en vano son los últimos años de la IV Dinastía y los primeros de la V los que ven tallarse los más impresionantes retratos de funcionarios de toda la historia de Egipto: Kaaper, llamado por los obreros de Mariette *El alcalde de pueblo* al descubrirlo, un hombre bonachón, pero vivaz y majestuoso en su lento paseo, que debió vivir entre las dos dinastías; El *sacerdote de Ptah*, Renofer, enérgico y quizá despótico con su talla de atleta, pero, sin duda, efectivo en su puesto; Kai, el *Escriba sentado* del Louvre, inteligente como un lince y atento como un lebrel a las órdenes de su señor; *El escriba de El Cairo*, trabajador probo e incansable... toda una galería de personas inolvidables por su vivacidad, que ganaron su vida personal ultraterrena por el agradecimiento del faraón, al que sirvieron sin desmayo, y que, durante un siglo, regirían la marcha de los cultivos, las escasas y calculadas campañas militares a Libia y al Sinaí, y el culto a Ra, al faraón y a los demás dioses del valle del Nilo.

Son muy escasos los datos que tenemos de la historia egipcia en este período. Incluso la parquedad de las inscripciones funerarias dificulta el conocimiento de posibles cambios políticos.

La Piedra de Palermo casi sólo menciona, como acontecimientos de interés, las donaciones regias a distintas divinidades; pero la continuidad de construcciones, repetitivas de reinado a reinado, e incluso detalles nimios de decoración, nos permiten pensar con bastante seguridad que se trata de uno de esos períodos dichosos que *no tienen historia* y en los que se desgranan tranquilamente los reinados y las cosechas.

Adornos

Tras siete años de fecundo reinado, murió Userkaf. Sahuré, que sería su hermano si creemos al citado Papiro Westcar, le sucedió y reinó durante unos catorce años.

Este monarca trasladó la necrópolis regia a Abusir, muy cerca del emplazamiento de los templos solares. Si lo hizo para acercarla a las canteras de Tura y facilitar así las construcciones, o para vincular templos y tumbas, es difícil saberlo, pero lo cierto es que su pirámide rompe con la tradición para buscar algo nuevo.

Frente a los pilares y arquitrabes monolíticos, cuadrangulares y sin decoración del templo funerario de Kefrén, ahora empiezan a dominar los adornos: se inventan las columnas palmiforme y papiriforme (volviendo a la idea de Djeser de petrificar elementos vegetales), y con ello se crean degradaciones de sombra que limiten los contrastes; los patios, con estos elementos, ganan en sosiego y ligereza; los relieves se convierten en elemento fundamental de la decoración, y proclaman la dicha del reinado con sus variados

temas: portadores de ofrendas, cacería en el desierto, caza de hipopótamos en el río, campaña victoriosa contra los libios; naves retornando de Siria con asiáticos que alzan los brazos en homenaje al faraón...

Todo, en arquitectura y decoración, muestra en germen lo que acabará siendo el arte egipcio del Imperio Nuevo; por ello es quizá doblemente triste que todos estos adornos de diversos colores (pavimentos de basalto, estatuas de caliza, bases de granito, incluso cañerías de bronce) sólo puedan reconstruirse idealmente, dada su total destrucción. Si ésta y las demás pirámides de Abusir parecen hoy pobres a los visitantes, es porque de ellas sólo queda lo que en su época era ya secundario: la propia pirámide.

Poco es lo que sabemos de los tres monarcas que sucedieron a Sahuré: Neferirkaré comenzó en Abusir una pirámide tan grande (210 pies de lado) que no la pudo acabar, inventando para su decoración un nuevo tipo de columna: la lotiforme. Chepseskaré sólo es conocido por la Lista de Sakara y por un escarabeo, y de Neferefré nos limitaremos a citar la opinión de Borchardt, el gran excavador de Abusir a quien tantos datos sobre la V Dinastía debemos, según la cual inició su pirámide junto a las de sus antecesores.

Tras estos efímeros monarcas, cambia de nuevo la situación con el largo reinado (unos treinta años) de Neuserré. De nuevo hay tiempo para realizar grandes construcciones regias. La pirámide se construye, como ya es tradición, en Abusir, y el rey no siente escrúpulos en apropiarse, para su tumba, del templo bajo y la mitad inferior de la rampa de Neferirkaré.

Pero la magna obra del reinado no es esta pirámide, en la que se repiten los patios con columnas de tipo vegetal, sino el ya citado y comentado templo solar a Ra. Pese a su estado, su poder evocativo es aún enorme: el rey abandonaría su ciudad-residencia del valle para subir por la rampa, pasar salas oscuras y, finalmente, dejarse inundar por la claridad del sol en su santuario.

Fundido en el abrazo de su padre divino, procedería el monarca a múltiples sacrificios y libaciones, acompañado de músicas y coros de sacerdotes y, finalmente, igual que el sol reparte sus bienes, los restos del sacrificio serían entregados a los oficiantes.

Pero lo más curioso es el carácter que toman algunos de los relieves decorativos del templo: frente a los de tema ritual (fiesta del Hebsed), destacan los que, en honor a Ra, representan sus bienes en este mundo: el curso de las estaciones, que en Egipto son tres (inundación, invierno y verano), y las labores que a ellas corresponden, con pormenorizada descripción de hombres, plantas y animales.

Esta visión optimista de la naturaleza bañada por el sol fecundador, tan lejana del concepto abstracto de la luz, es algo que ahora se impone en Egipto con una fuerza avasalladora. No en vano se ha podido hablar, a la vista de las columnas vegetales, de los extensos relieves, de los variados colores, y de esta pasión por la naturaleza, de una especie de *espíritu franciscano* (guardando todas las distancias posibles) que daría al arte de la V Dinastía un oculto parentesco con el florecer del Gótico.

El culto a los animales y plantas, el gusto por lo campesino y artesanal, son además sentimientos que no quedan aislados en la teología y el ritual de Ra. Al contrario, parecen tener un éxito inmediato, preparado y presentido ya desde un par de generaciones antes, en su ámbito más amplio de funcionarios y cortesanos. Las mastabas de los nobles, cada vez más amplias, se decoran con múltiples relieves de tema popular, descuidando cada vez más, por el contrario, las estatuas de sus dueños.

Una de las construcciones más impresionantes de este tipo de mastaba es la de Ti, personaje que desempeñó varias funciones sacerdotales precisamente en el templo de su señor Neuserré, y que además fue director de las pirámides de Neferirkaré y Neuserré, y de todos los santuarios solares a partir del de Sahuré; en una palabra, un potentado que controlaba a los mejores artistas y vivía por completo en la sensibilidad religiosa de la corte.

La mastaba consta de varias habitaciones que le dan el aspecto de un templo funerario, con sus salas sostenidas por pilares, almacenes, etcétera. En las paredes, en torno a quien iba a depositar las ofrendas, toda la vida cotidiana de Egipto se presenta ante nuestros ojos llena de curiosas observaciones y adornada con escritos que convierten el

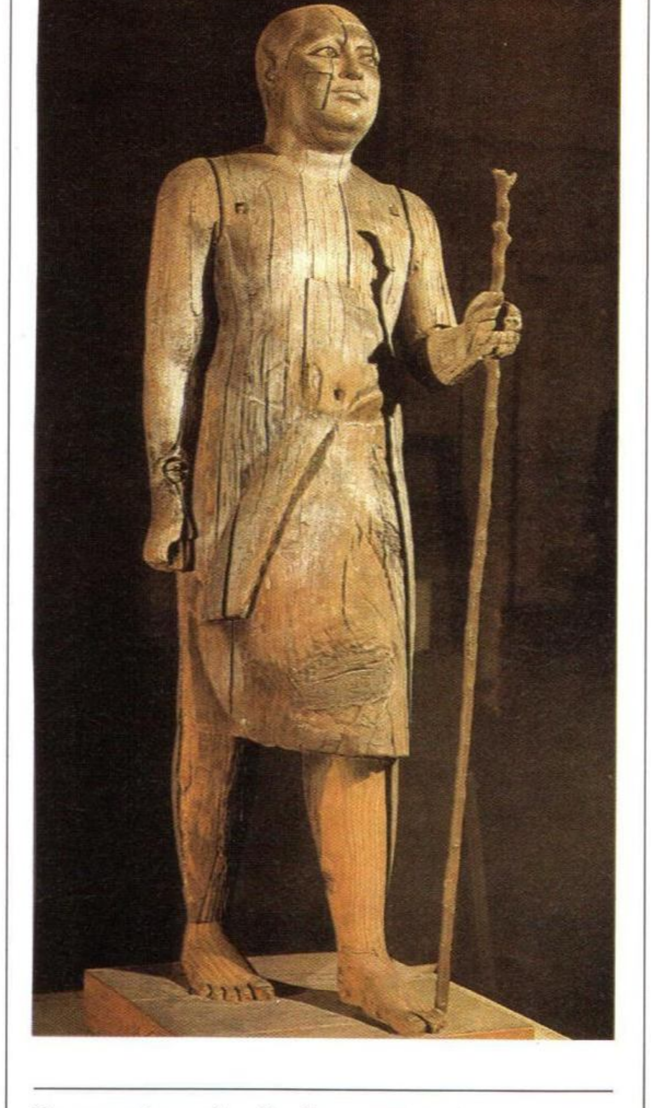
relieve multicolor en un verdadero *comic.*

En una escena que representa a una vaca pariendo, un campesino dice a otro: *¡Ayúdala a parir como hay que hacerlo, pastor*!; en otra, muy conocida, un boyero coge sobre sus hombros a un ternero para atraer a la vacada en la travesía de un canal, y un pastor dice a la vaca madre: *Ya nos ocupamos de tu ternero, nodriza.*

La animación es tanta en esta y otras tumbas parecidas que casi se nos olvida preguntarnos por la razón de ser de estas ilustraciones. ¿Culto indirecto a Ra, señor de la vida? ¿Obras destinadas a revivir para el muerto en el más allá? ¿Recuerdo a los visitantes de la importancia que tuvo el difunto, y que probablemente seguirá teniendo en el mundo de los muertos? Lo cierto es que no se sabe, aunque, eso sí, se impone la sensación de que, para quien concibió el conjunto, el mundo dominado, iluminado y fecundado por Ra ha de ser el mejor de los imaginables, y probablemente idéntico al de más allá, también recogido por el dios del sol.

Este tipo de ricas y animadas mastabas se convierte pronto en la tumba normal para cortesanos y altos funcionarios. Con el tiempo, sin embargo, se perderá el carácter sacro de la distribución interna, y las mastabas se convertirán en cómodas casas-tumbas, como la del visir Mereruka a principios de la VI Dinastía, acaso la más rica de todas, distribuida en varios conjuntos de habitaciones para los distintos miembros de la familia. De cualquier forma, son uno de los mayores atractivos de la época, por lo bien conservadas que se hallan muchas de ellas en Abusir y Sakara y a simple vista muestran que, a medida que las construcciones faraónicas se hacen más mesuradas, crecen en lujo y ostentación las de algunos particulares.

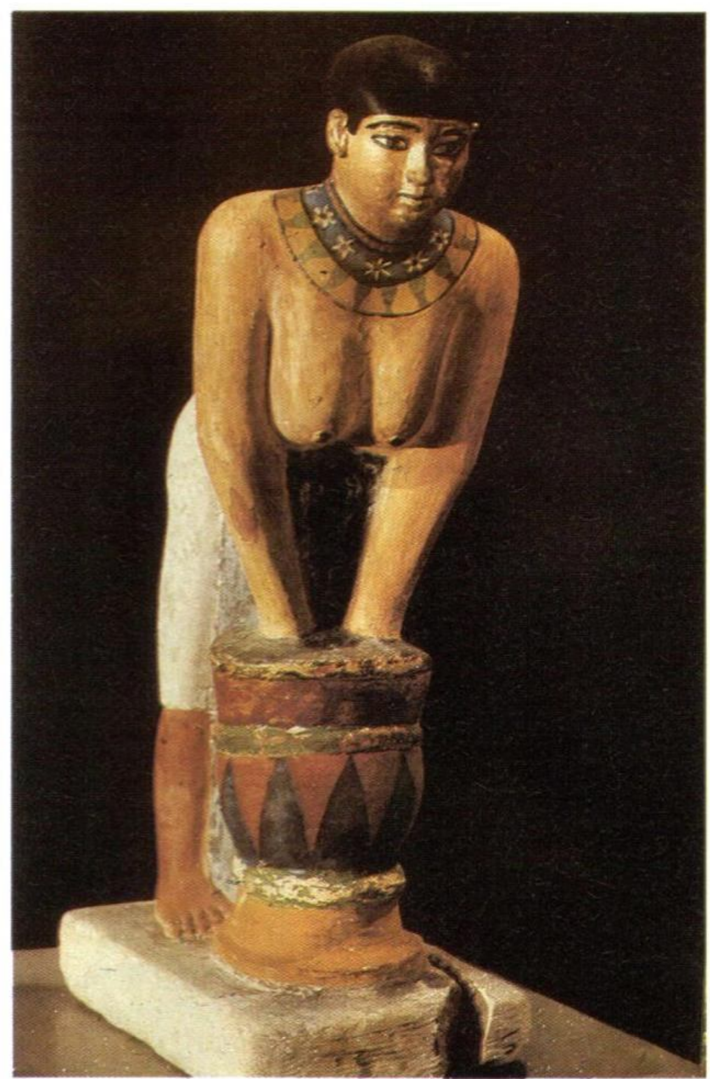
Nada podemos decir del ignorado y breve período de Menkauhor, el sucesor de Neuserré, representado en un relieve del Louvre entre papiros; pero los dos últimos reinados de la dinastía, el de Djedkaré Isesi (unos cuarenta años) o el de Unás (unos treinta), prácticamente la mitad de la duración de toda la dinastía, sí son relativamente bien conocidos, al menos en ciertos aspectos internos, y permiten hablar de una nueva y decisiva fase.

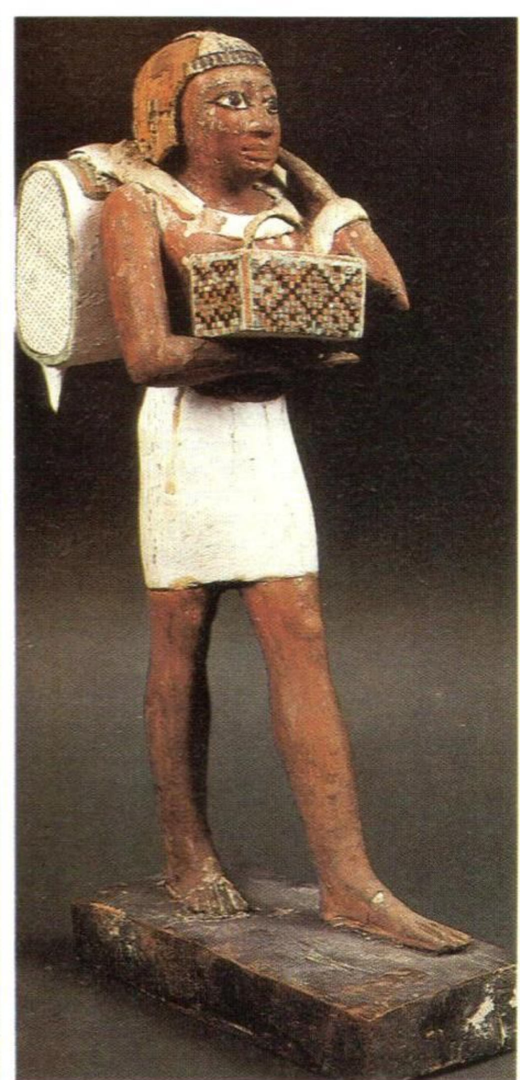


Importancia de la corte

Bajo Djedkaré Isesi, en efecto, se dan los primeros síntomas de agotamiento del poder regio. El planteamiento teológico de Userkaf había logrado mantener la situación, pero a costa de perder recursos: construcciones de templos, a Ra y a otros dioses, donaciones importantes (y crecientes) a distintas divinidades y a sus sacerdotes, empezaron a minar la omnipotencia faraónica.

En principio, no era una pérdida sustancial, sobre todo si se tiene en cuenta que los sacerdotes más importantes eran funcionarios nombrados por el rey y que a la vez solían ostentar funciones administrativas (visir, nomarca (*), juez, etcétera). Pero, una vez abierta la primera puerta, ésta ya no podía sino ensancharse, sobre todo si la administración regia se dejaba en manos precisamente de esos funcionarios.





Izquierda: la más famosa talla de la Antigüedad: el sacerdote Kaaper, de la V Dinastía, conocido como *El alcalde de pueblo*. Arriba: dos estatuillas del Imperio Antiguo: cervecera y portador de cestas, de la IV y VI Dinastías, respectivamente (las tres, en el Museo de El Cairo)

Cada vez se fueron haciendo más numerosos los permisos a fieles servidores del rey para que construyesen sus tumbas en las necrópolis regias, con las donaciones de tierras estatales que este permiso solía llevar aparejadas, pues sin ellas no se podía sustentar el culto de la tumba. Los monarcas rivalizaban con sus antecesores en generosidad para con los templos, y acabaron, incluso, por concederse las primeras exenciones. Estas, sin embargo, fueron aún muy escasas durante la V Dinastía, del mismo modo que fueron rarísimas las concesiones de puestos con carácter hereditario: se recuerdan tan sólo la exención de servicios a todos los sacerdotes de un nomo concedida por Neferirkaré y la concesión de dos nomos a título hereditario realizada muy a fines de la dinastía. Tales medidas, por tanto, aún no afectan a la marcha del país sino en muy pequeña medida.

Lo que sí tiene por entonces más importancia es la formación, insensible y progresiva, de una verdadera clase social de funcionarios. Si la impresión al principio de la Dinastía, como ya vimos, es de una amplia movilidad de puestos, que permite el acceso por méritos personales a muchas personas, después se va observando cómo ciertas personas acumulan puestos bajo su poder (recordemos al propio Ti), y sobre todo, cómo personajes de la misma familia ocupan puestos variados.

Paralelamente, la vieja división de la corte en dos sectores —cortesanos de la familia del rey y funcionarios designados y revocables— se va difuminando, al multiplicarse las bodas entre los dos grupos y limitarse el acceso de gente nueva a los puestos principales.

La corte, en una palabra, se va haciendo cada vez más *cortesana,* concentrando sistemas de privilegio.

En este ambiente debemos entender a un personaje de enorme importancia en la historia cultural de Egipto: Ptahhotep. Visir de Djedkaré Isesi, fue miembro de una familia que dio otros visires a la Dinastía, uno de los cuales construyó una bellísima mastaba con relieves en Sakara. Pero, sobre todo, es el primer hombre del que nos haya llegado un libro entero, sus *Máximas,* de estilo recogido y conciso, verdadero punto de partida de la literatura egipcia.

Legado literario

Pasados los cien años de edad, Ptahhotep se puso a escribir para enseñar los principios de la vida, los que permiten a un hombre ser feliz en el mundo de la corte y como funcionario, apreciado de sus iguales, honrado por el rey y querido por los súbditos.

Sus máximas, a menudo, tienen un valor intemporal, fruto de un sabio conocimiento de los hombres *(Los que piden prefieren que se atienda a sus palabras más que se satisfaga lo que motivó su visita),* o adquieren un leve perfume de apotegma oriental *(Las palabras acertadas están más escondidas que la esmeralda, pero pueden hallarse entre las siervas en la molienda),* y dejan sentir, en ocasiones, la situación personal de su autor: su sentido legalista de funcionario *(Poner obstáculos a la ley es abrir la puerta a la violencia)*, o la firmeza de principios del legislador tradicional *(Los límites de la justicia son invariables: es una enseñanza que cada hombre adquiere de su padre)*.

Las máximas más interesantes para el historiador son aquellos en que parece traslucirse algo del ideario cortesano de la V Dinastía. Así, cuando Ptahhotep afirma que el *ungüento perfumado es un remedio para los miembros* de la esposa, que, *si eres hombre importante,* debes darle, porque ella *es un campo excelente para su señor,* no sólo está definiendo unos valores refinados de vida lujosa, sino que, según se ha observado, se hace portavoz de una actitud propia de su momento, que reduce el papel de la mujer a simple adorno del marido, y que tiene su paralelo en ciertas esculturas de grupos familiares en que la mujer aparece muy pequeña al lado de su esposo.

Fruto de un ambiente cortesano avanzado es también la creación de normas de buena educación en el trato, como la siguiente: *Si quieres ser cortés, no interpeles a quien abordes. Mantén una conversación que no le aburra. No discutas con él hasta después de haberle dejado reflexionar sobre el tema del diálogo.* Producto de una conciencia histórica creciente y de un verdadero culto al saber que exige la madruez de una cultura es este simple dicho, aplicable a él mismo: *Los que hayan pensado con sabiduría y hayan escrito para la posteridad, vivirán para ella; su recuerdo no se marchitará en los hombres si sus sentencias son bellas.*

Acaso estas máximas, tan humanas y tan próximas a nosotros sólo dos siglos después de la remota pirámide de Keops, constituyan el legado más vivo de la V Dinastía, y el signo de máximo refinamiento de todo el Imperio Antiguo. Tras ellas, sólo podrán apreciarse síntomas progresivos de resquebrajamiento.

El primer paso fue, probablemente, la pérdida de confianza del propio faraón en su función divina o, por lo menos, en la afirmada por Userkaf. Djedkaré Isesi renuncia ya a construir el templo correspondiente a su padre Ra, y vuelve de nuevo a Sakara para colocar su pirámide, rompiendo con la tradición de sus antecesores.

Es poco lo que sabemos de esta pirámide, pues sus excavadores murieron sin publicar sus hallazgos, pero una serie de papiros desperdigados por distintos museos, y que verosímilmente proceden de ella, nos da una idea de los gastos y donaciones acumulados que debía afrontar el Estado egipcio, con entregas cotidianas a sacerdotes y rentas y ofrendas a pirámides y estatuas de monarcas difuntos.

Unás es el último faraón de la Dinastía, y su pirámide, rodeada ya de ostentosas mastabas de reinas y cortesanos, constituye el mejor símbolo de su época. Es, desde luego, la más pequeña de las realizadas hasta entonces (57 metros de lado), con lo que el contraste con su vecina, la de Djeser, es abrumador.

Hoy es lugar de visita obligada para el turista, sobre todo por su decora-

ción: templos muy desarrollados con columnas papiriformes, mútiples relieves en los elementos exteriores (algunos de ellos tan curiosos como la representación de una jirafa, o un grupo de hombres famélicos, o el transporte por el Nilo de columnas y arquitrabes), y, sobre todo, ya dentro de la pirámide propiamente dicha, la antesala y la cámara sepulcral, cubiertas de jeroglíficos: la primera redacción de los *Textos de la pirámide.*

Estos textos, que causaron sensación desde su descubrimiento por Maspero, son una serie de himnos rituales, destinados a ser leídos desde la entrada para que el rey difunto pase a convertirse en Ra. Salvo algún pasaje aislado, no tienen un gran valor literario, pero son inapreciables para la historia religiosa de Egipto, por ser los más antiguos textos de esta índole que nos hayan llegado.

Hay fragmentos que siguen intrigando por su extrañeza salvaje: ¿Cómo interpretar el banquete en que Unás se come a los dioses?: *El cielo está cubierto de nubes, las estrellas se han oscurecido, / los arcos se agitan, los huesos del dios de la Tierra tiemblan. / Los movimientos cesan, cuando han visto a Unás surgiendo en todo su poder, / como un dios que vive de sus padres y se alimenta de sus madres / ...Khnum es el que mata a los señores y los degüella para Unás, / y arranca para él lo que se halla en sus cuerpos / ... / Chesmu es el que los corta en pedazos para Unás / y los cuece para él en los calderos de la tarde.*

De cualquier forma, estos textos son un signo de cómo la teología heliopolitana de Ra ha admitido influjos de la popular leyenda de Osiris, perdiendo su pureza primordial. La reforma de Userkaf ya sólo puede mantenerse mediante pactos teológicos que afectan a la propia figura del monarca.

El paso de la V a la VI Dinastías, como el de la IV a la V, no parece suponer cambios radicales: en ambos casos es patente la continuidad en las carreras funcionariales de diversos personajes. Los faraones de la VI Dinastía, Teti, Pepi I, Merenré y el *eterno* Pepi II, famoso porque su reinado, de más de noventa y cuatro años, ha sido el más largo de la Historia, siguen haciendo pirámides decoradas con sus correspondientes *Textos de las pirámides,* mientras que sus cortesanos construyen lujosas mastabas.

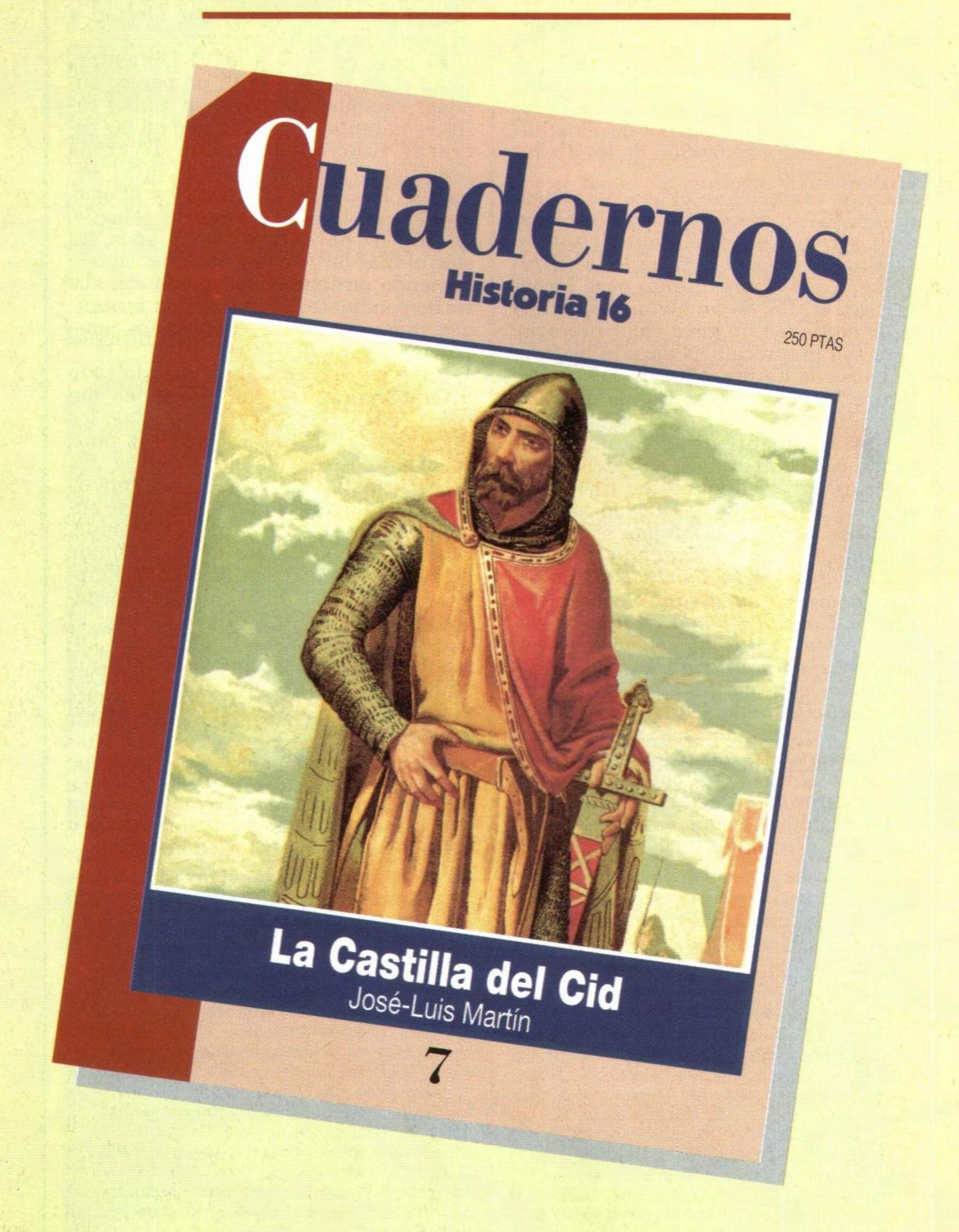
Pero ya parece haber pasado todo intento renovador: las pirámides son todas iguales, incluso en medidas; los puestos se transmiten, cada vez más, como si de herencias familiares se tratase; los distintos nomos se van convirtiendo en feudos, algunos nobles se entierran en sus propios territorios, desdeñando la sombra de la pirámide de su rey e, imperceptiblemente, Egipto se disgrega *de facto,* aunque la legalidad se mantenga oficialmente; el camino emprendido a fines de la V Dinastía será la inevitable vía por la que se hundirá lentamente el poder regio y, con él, la organización coherente del valle del Nilo.

(*) Nomarca: *gobernador o prefecto de un* nomo, *que en el Antiguo Egipto equivalía a región o circunscripción administrativa.*

Bibliografía

Cole, J. H., *The determination of the exact size and orientation of the Great Piramide at Giza,* El Cairo, 1925. Edwards, I. E. S., *The Pyramids of Egypt,* Harmondsworth, 1961. Fakhy, Ahmed, *The Bent Pyramid of Dashur,* El Cairo, 1954. *The Monuments of Sneferu at Dashur I, The Bent Pyramid,* El Cairo, 1959. *II, The Valley temple,* El Cairo, 1961. Hassan, Selim, *Excavations at Giza,* 9 vol., Oxford-El Cairo, 1932-1975. Jéquier, G., *La mastabat Faraorum,* El Cairo, 1928. Junker, H., *Giza,* I-XII, Viena, 1929-1955. Lauer, J. Ph., *Comment furent construites les Pyramides,* en *Historia,* 86, 1954, págs. 57-66. Mackay, E., y Wainwright, G. A., *Meidum and Memphis,* Londres, 1910. Mendelssohn, K., *A building disaster at Meidum Pyramid,* en *Journal of Egyptian Archaelogy,* 59, 1973, págs. 60-71. Petrie, W. M. F., *The Pyramids and Temples of Gizeh,* Londres, 1883. *Medium,* Londres, 1892. Reisner, G. A., *Mycerinos. The Temples of the Third Pyramid at Giza,* Cambridge, Massachusetts, 1931. *A History of the Giza Necropolis,* I, Cambridge, Massachusetts, 1942; II, 1955. Vise, H., y Perring, J. S., *Operations carried on at the Pyramids of Gizeh,* 3 vols., Londres, 1840-1842. Ziwie, Ch. M., *Giza au deuxième millenaire,* El Cairo, 1976.

Próximo número



A la venta en quioscos